

DYLAN MARTINS

# SEDUCIENDO A TODAS

*La historia de John*



DM

DYLAN MARTINS

SEDUCIENDO  
*A* TODAS

*La historia de John*

Seduciendo a todas. La historia de John.

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins.

1ªEdición: Octubre, 2018.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[BODA](#)

# Capítulo 1



Un cosquilleo recorrió mi barriga al aterrizar en New York, después de dos años volvía a mi casa, dos años en Japón sin contacto con mi familia y amigos, sobre todo Enzo y Brian, esos con los que me lo pasaba pipa antes de aceptar este proyecto de la multinacional.

Una de las condiciones del contrato fue que durante ese periodo estaría en el edificio de la empresa donde estaban las oficinas y apartamentos para los trabajadores y donde además había tres restaurantes, una terraza bar arriba del todo donde nos reuníamos los empleados por la noche para tomar algo; la remuneración era muy suculenta, no podía tener contacto con nadie de mi entorno, luego, a la vuelta, tendría unas vacaciones de un año que sería el que me tomaría de forma sabática, para luego volverme a incorporar en las oficinas de Manhattan.

Así que no sabía nada de cómo estaban las cosas que dejé atrás, mis padres eran los únicos que podían pasar una vez a la semana un email a la empresa para contarme cómo estaban, yo les podía contestar bajo la supervisión de uno de los jefes de seguridad, todo lo hacían para proteger los proyectos de esos dos años, para que no se infiltrara absolutamente nada hasta que estuviera lanzado.

Salí del aeropuerto con todo mi equipaje, cogí un taxi y me fui para mi apartamento, estaba bien cuidado, lo había dejado en buenas manos y todo estaba intacto.

Por supuesto, lo primero que hice fue bajar a comprar al súper y llenar la nevera, sobre todo de cervezas bien frías, eso no podía faltar, así que al hacer la compra y regresar a colocar todo, me tomé una ducha bien fría, mientras, cómo no, llamaba a Enzo, por fin podía volver a utilizar mi móvil personal y sentirme libre en ese sentido.

- No me lo puedo creer, John, por fin estás aquí – dijo felizmente Enzo al descolgar la llamada.
- Afirmativo. ¡Que tiemble Manhattan! Ya está aquí el terror de las niñas.
- No cambias – se escuchó su risa.
- No me vengas ahora de santo, tú, el conquistador nato... Este finde nos vamos los tres a hacer felices a las chicas de este mundo.
- Verás, nos podemos ir a celebrar tu llegada, de fiesta, pero seremos algunos más...
- ¿Qué canallas se unirán? ¿Los hijos de Marshall?
- No – rio –, hay algo que te va a chocar, Brian y yo nos hemos casados...

- Ah no, a mí no me vengas con bromas, vosotros de gay tenéis poco, venga, que os conozco, eso se lo cuentas a otro.
- ¡Calla! – soltó una carcajada – No nos hemos casado entre nosotros, por supuesto que nos somos gays, nos encantan demasiado las mujeres, como a ti, yo me casé con Emma, una chica que me enamoró y él con Liliana, otra que se le cruzó en su camino.
- Me estás vacilando – no me lo podía creer, ni de coña.
- No, no te estoy vacilando, mira tú móvil, estoy mandándote una foto de mi boda por WhatsApp y otra de la de Brian.

Mire corriendo los mensajes.

- ¡Hostias! ¿Cómo os dieron coba?
- Ni idea, pero nos engañaron – rio.
- Joderrrrrrr – estaba flipando mirando la foto.
- Además, Brian tiene un bebé de cinco meses llamado Romeo y nosotros tenemos una bebé llamada Salma.
- Esto parece una broma, Enzo. ¿Casados y con niños? ¡Qué os hicieron! Eso no es normal en vosotros– dije alucinando.
- Nos engañaron, hermano – bromeó.

- Como niños, os engañaron, hermano, pero estoy loco por conocer a mis sobrinos, ¡para qué mentir!
- Venga, ahora hablo con Brian que está al venir, fue a por unos contratos, mañana nos vemos en el restaurante de O'Dhorns al medio día, ya planeamos algo para salir el viernes por la noche, que tenemos con quién dejar a los niños, somos padres, pero no nos privamos de las salidas – dijo felizmente.
- Claro, ese es mi chico, mañana nos vemos en el restaurante a las dos, dile a Brian que también lo eché mucho de menos.
- Por supuesto, hermano.
- Bye.
- Adiós, Don Juan – se despidió como siempre lo hacía.

Madre mía, cómo había cambiado la cosa, dos de los solteros de oro casados y con hijos, menos mal que me fui al proyecto que sino... ¿Yo también hubiera sido engañado? ¡Nooo! Menos mal que me fui, resoplé aliviado.

Coloqué todo, me metí en el baño con una copa de champán para relajarme y disfrutar de mi casa, esa que había echado de menos en muchos momentos de mi vida en aquel edificio de Japón.

Mi teléfono sonó mientras estaba ahí plácidamente, estiré la mano y lo cogí feliz al ver que era Brian.



- Mi hermano. ¿Cómo esta ese padre de familia? – solté de forma directa.
- ¡Nos liaron! Eso pasa por tú no estar para cuidarnos – bromeó como siempre –, estoy muy bien y más feliz al saber de tu regreso, me moría de ganas por haber podido contactar contigo y hacértelo saber.
- Ya, lo imagino, pero ya sabes que no podía recibir información del exterior para no ponerme nervioso y descentrarme del proyecto.
- Lo sé y ahora te toca tu año sabático.
- Sí, pero sin mis chicos al cien por cien, todo un mazazo – dije buscándole la lengua.
- Estamos casados, pero no en la cárcel, de nosotros no te libras, solo hemos agrandado el grupo, te van a encantar Emma y Lili, conociéndote, van a ser tus mejores aliadas.
- ¿Son de aquí?
- No, Lili es cubana y Emma portorriqueña.
- No, por favor, con lo cachondo que me ponen las latinas...
- A estas ni mirarlas...
- Por favor, hermano, esas son mis hermanas a partir de ahora, no haría

algo semejante ¿estás loco?

- Lo sé, tonto...
- Bueno, mañana nos vemos y conozco a mis nuevos miembros de la familia, que son muchos, dos mujeres y dos bebés...
- Claro, quedamos en eso, mañana os veo.

## Capítulo 2



Con el jet lag, aún no había podido dormir. Me pasé toda la noche dando vueltas en la cama. Al final, desesperado, me fui al sofá y me puse a ver la teletienda. Yo nunca había comprado nada de lo que anunciaban ahí porque, para qué mentir, no me lo creía. Esos anuncios que parecían perfectos, con gente real hablando de sus experiencias... Todo un montaje, uno no era tonto. Pero joder, esa noche casi caigo. Me estaba creyendo hasta yo lo perfecto que era todo. Al final me quedé dormido cuando estaba amaneciendo, pero tampoco me desperté demasiado tarde.

Con un par de cafés en mi cuerpo, me di una ducha rápida y me arreglé: vaqueros, camisa informal, pelo... Pelo nada porque mi pelo era un auténtico desastre y la gente creía que yo lo llevaba despeinado a la moda cuando la verdad era que no me apetecía peinarme nunca porque eso no había quien lo domara. Así que pelo imperfectamente perfecto y me fui a pasear por las calles de Manhattan.

Viviendo allí, era un lujo que no me podía permitir. Ni yo ni nadie. Siempre todos ocupados en esa ciudad tan grande en la que solo pasear por pasear, cuando íbamos siempre pendiente al reloj por la vida estresada, no era algo que ni siquiera nos planteáramos. Pero tanto tiempo lejos de allí, era lo único que me apetecía.

Y todo estaba igual, nada había cambiado. Aunque se sentía diferente, quizás porque nunca me había parado a observar los pequeños detalles que en mi vida cotidiana solía pasar por alto.

Parecía un turista, caminando y mirando a todos lados y en parte lo era, ¿no? Demasiado tiempo lejos de allí.

Pero me sentía bien.

Por fin había vuelto a mi vida, a esa que tanto añoré.

Cuando llegué adonde había quedado con mis amigos, aún no era la hora. Así que me senté a la barra mientras pedía al camarero que nos preparara una mesa para todos. Carritos de bebés seguramente incluidos. Pedí que mientras me sirvieran un whisky doble y me senté allí, solo, a mirar.

Porque el panorama era realmente... Sexy.

Joder, adoraba esa ciudad, nunca faltaban las mujeres guapas. A mí me daba igual su vida, yo las quería para un polvo. Y ligar, aunque no era fácil generalmente para un hombre, yo tenía un don. Como lo tenían mis amigos, pero como ya estaban pillados, pues más género femenino para mí. Aunque estaba seguro de que las mujeres se les seguirían acercando como moscas. No sabía qué les veían porque ahí, el más sexy era yo, pensé muerto de la risa, solía decirles eso a ellos y siempre me miraban con cara de: “no nos pongas a prueba”.

La verdad es que éramos los tres muy diferentes, como hermanos también, nunca había habido entre nosotros diferencias ni ganas de creernos mejor en ningún ámbito de nuestras vidas. El respeto primaba por encima de todo. Como la lealtad por nuestra amistad. Algo sagrado.

Recordé una vez en el que los tres nos fijamos en la misma chica. Al final, con las risas de a ver quién conseguía llevársela a la cama, nos convertimos en rivales por un rato, pero en el buen sentido. Fue Enzo quien ganó. Y estuvo con

ella varias veces más, hasta que ella comenzó con los típicos celos y con el pedir más y, por supuesto, querer absorberlo para que sus hermanos, es decir, Brian y yo quienes estábamos todo el día con él, nos apartáramos un poco de su vida. Y Enzo, sin pensarlo, la mandó a la mierda.

Pero así, literal, con esa clase que él siempre ha tenido. Y no volvió a verla más.

Era nuestro principal código: nunca permitir que una mujer se interpusiera entre nosotros y no había opción a que eso fuera de otra forma.

Y ahora estaban casados y yo me alegraba enormemente, pero también tenía miedo porque... ¿Y si a ellas no les caía bien? Aunque bueno, solía caerle bien a todo el mundo. Pero, como humano que era, no quería perder a quienes consideraba unos hermanos para mí.

Las conocería pronto y vería si mis miedos eran infundados o no.

Me tomé mi bebida y seguí mirando a todo ser con dos tetas que estuviera en mi campo de visión. Ay, cómo había echado de menos el sentirme libre para ligar. Y ya estaba perdiendo yo el tiempo...

En ese momento entraron dos chicas en el restaurante, ambas con bebés en brazos y yo me quedé mirándolas mientras ellas observaban a su alrededor.

Una era portorriqueña y la otra cubana, recordé por lo que me había dicho Enzo. Eran ellas, ya las había visto en fotos Y en persona eran aún más bellas. ¿Y venían solas? ¿Dónde estaban los dos capullos de mis hermanos?

Me levanté para salir de dudas. Porque, evidentemente, ellas no me conocían y, además, ya teníamos una mesa reservada.

- Vaya, vaya... ¿Qué hacen dos bellezones así por aquí? —dije al estar frente a ellas. Así era yo, directo y no iba a cortarme.
- Joder, pues sí que eres guapo —dijo una de ellas, la que imaginé que era Emma.

Me reí, solo una mujer así podría haber llamado la atención de Enzo.

- John, ¿verdad? —preguntó quien debía ser Liliana— Las fotos no te hacen justicia, mijo —me dio un repaso de arriba abajo y me miró a los ojos sonriendo.

Los tres nos reímos a carcajadas en ese momento y un alivio recorrió mi cuerpo. Mis amigos tenían razón, iba a llevarme muy bien con esas dos.

Les di dos besos y un abrazo a cada una y me presenté formalmente. Miré a esos dos bebés alucinando, iban a ser unos rompecorazones de primera, seguro.

- Me alegro mucho de conoceros, ha sido una sorpresa enterarme que le habéis echado la red a ese par de solterones, pero...
- No, mijo, pero podías tener piedad por nosotras, no sabes lo que soportamos —dijo Lili antes de poner los ojos en blanco.
- Oh, pero me lo imagino —reí—. Venid, ya tenemos mesa reservada. Por cierto, ¿dónde está ese par?
- En un atasco —dijo Emma—. Como siempre —sonrió, burlona.

Avisé al camarero y nos acercó a la mesa que teníamos lista. Nos sentamos,

ellas juntas y yo frente a las dos y esos dos bebés que parecían no existir, ni se les oía.

- Por fin tenemos al famoso John delante. Mira que hemos oído batallitas sobre ti. ¿Cuánto hay de cierto en todo? —preguntó Emma tras pedir la bebida.
- Nada —dije rápidamente—, todo es producto de esas dos mentes calenturientas que tenéis por esposos. No os creáis nada, soy un santo.
- Ajá... ¿Tú crees que teniendo a esos por esposos y siendo tú el tercero en discordia te vamos a creer? —se burló ella.
- Al menos lo intento —me reí.

Me quedé observándolas mientras nos servían las bebidas y juro que por un momento entendí a mis amigos. Menudos dos pivones se habían agenciado. Y no solo eso, las dos parecían ser cañeras, no unas señoritas mojigatas, así que aunque aún no las conocía, sabía que los tendrían firmes. Y yo me iba a reír un buen tiempo con eso.

- Contadme de vosotras. Me ha cogido todo por sorpresa y no sé nada de nada —suspiré.
- Pues a ver... Yo soy la que aguanta al obsesivo de Enzo.
- ¿Enzo obsesivo? ¡No! —reí.
- No... Solo es como un grano en el culo a veces. Soy Emma.

- Sí, lo sé y ella es Liliana —les guiñé el ojo.
- Conocí a tu amigo mientras trabajaba de camarera y desde que le dio por mí, no me ha dejado en paz —puso los ojos en blanco.
- Pues como Brian, qué obsesión... Lo conocí en un viaje a Cuba que hizo con Enzo y Emma y desde entonces... Lo mío no es un grano en el culo como decís, está enquistado ya —dijo muy seria y no tuve más remedio que soltar una carcajada.

Estuvimos de risas, me contaron un poco más sobre cómo se conocieron, cómo se casaron, que ahora las dos trabajaban juntas y muchas cosas más que me había perdido en ese tiempo que estuve trabajando lejos de mi país.

Me sentía súper cómodo, aliviado porque me sentía así y no dejaba de reír con la forma de hablar de las dos. Y me sentía feliz, porque notaba que ellas eran felices con mis hermanos y eso era lo único que me importaba.

Y esperaba que me dejaran pertenecer a ese pequeño grupo unido que habían formado entre ellos, Emma y Liliana parecían hermanas, la complicidad y el cariño entre ellas era más que palpable.

- El terror de Manhattan.

Miré al frente cuando oí el tono burlón de Brian y me levanté rápidamente al ver a mis amigos. Ahí estaban ya los dos, a mi lado, los abracé emocionado, tenía tantas ganas de verlos...

- Capullo, os dejo un tiempo y me venís hasta con bebés – reí.



- Ni estando dos años en Japón has sido capaz de aprender a peinarte por lo que veo —se burló Enzo.
- El peine para ti, que te encanta engominarte.

Nos reímos mientras nos tirábamos algunas pullas, pero se notaba la alegría de los tres por estar otra vez juntos.

Saludaron y besaron a sus mujeres y a sus bebés y se sentaron a mi lado.

- La verdad es que ahora entiendo... —dijo Liliana mirándonos.
- Sí, yo también... —dijo Emma.
- ¿Qué entendéis? —preguntó Brian por los tres, porque no sabíamos a qué se referían.
- Vuestra fama... La tuya pasada —advirtió Emma señalando a Enzo con el dedo— Joder, si sois...
- Lo son —confirmó la otra mientras afirmaba con la cabeza.
- ¿Qué somos? —pregunté intrigado y Enzo resopló.
- Nunca intentes entenderlas, no es posible —y puso los ojos en blanco.
- Pero...
- No —me cortó Brian—, a veces creo que hablan en otro idioma, de verdad, no hay manera de seguir las —rio.

- El problema es que todo lo que tenéis de guapo, os falta en neuronas. Pero nada grave, aún así te quiero —Emma le tiró un beso a Enzo y este sonrió como tonto.

Yo no me lo podía creer, eso era enamoramiento total. Aunque bueno, para haberse casado tenían que estarlo realmente.

- Y tú, cuéntanos. ¿Qué tal por Japón?

Suspiré, Japón... Había trabajado como nadie y estar lejos de todo lo que era mi vida no lo había llevado nada bien, pero les comenté un poco por encima, lo que podía, ya que no había tenido una vida nada interesante durante esos dos años.

- ¿Y mujeres? —Brian siempre directo al grano.

- ¿Mujeres? Nada...

- Venga, John, que nos conocemos, no sirve de nada mentir —dijo Enzo.

- No miento, creo que con el contrato venía en la letra pequeña: “nos encargaremos de que, además, puedas cumplir con el voto de castidad el tiempo que dure tu estancia aquí.” —suspiré.

Se quedaron todos callados y los miré. Me miraban fijamente y me estaba poniendo nervioso.

- ¿Qué pasa? —pregunté.

- ¿Te quedas con nosotros? —preguntó Enzo.
- Pues no... —era verdad, casi no había tenido sexo allí. Digo casi porque... Tampoco tenía que contarles todo, ¿no? Pero el ligón que solía ser no había aparecido en Japón.
- Estás casado, no olvides eso —advirtió Liliana a Brian.
- ¿Y a mí por qué me dices eso? —dijo él con la boca abierta.
- Porque mijo... —comenzó ella.
- Que Dios pille confesadas a las féminas de Manhattan —dijo Emma.

Estallamos en risas todos por la exageración del comentario.

- ¿Esa es la fama que me habéis creado con vuestras mujeres? — pregunté entre risas.
- No, esa es la fama que tú mismo te creas con... —Emma movió la mano señalándome.
- ¿Con...? —pregunté para que siguiera.
- Exactamente con eso —afirmó Liliana.

Sus maridos pusieron los ojos en blanco y yo me reí, porque aunque me hacía

el tonto, o todos nos lo hacíamos, sabíamos muy bien qué querían decir con sus comentarios. Pero eran bastante graciosas haciéndolos de esa forma.

Por mi tercera copa ya, no podía dejar de reír con ellos. Ellas no paraban de darles caña y ellos no se mordían la lengua. Pero se notaba el amor y la complicidad que tenían con sus parejas y eso me gustaba.

Además, me habían acogido como si siempre hubiera pertenecido a ese círculo y eso era algo que siempre les agradecería. Porque, como bien dije en su momento, ellas ya se habían convertido en mis hermanas.

Todos ellos eran mi familia, mis nuevos sobrinos adoptados incluidos.

Comimos, charlamos, reímos, bebimos y nos contamos anécdotas. Cuando me despedí de ellos, lo hice con tristeza. Se me había hecho corto, pero tenían que atender a los bebés y lo entendía. Quedamos en llamarnos al día siguiente para vernos, les di un abrazo a todos y besos a esas dos locas que, desde ese día, ya se habían convertido en dos personas importantes para mí. Cogí un taxi y llegué a mi apartamento con una sonrisa en la cara.

Estaba más que feliz por ellos.

Tomé una ducha para relajarme y llamé para encargarme algo de cena. No tenía ganas ni cuerpo, estaba algo mareado por el alcohol, de ponerme a cocinar y mucho menos para mí solo. Me senté en el sofá y en ese momento me puse nervioso.

No quería estar solo, lo había estado ya por demasiado tiempo y las noches así se hacían muy largas.

Cogí mi móvil y mandé varios mensajes para probar suerte. Pero la suerte no parecía estar de mi lado. La que no me contestó que me fuera a la mierda por

no haberla llamado desde la última vez, me dijo que tenía pareja o simplemente me puso un emoticono de un dedo, que me lo metiera por el... Para qué explicarlo.

Suspiré, tenía que llenar mi agenda de nuevos contactos, los que tenía no me servían. Y yo volví para tomarme mi año sabático, no para seguir con mi vida monjil.

Bueno, me fallaron esa noche, no pasaba nada, además, necesitaba más descansar que echar un polvo. Pero eso iba a durar poco. Al día siguiente volvería a ser el don Juan que había sido, iba a follar todo lo que no había follado esos dos años. Que la fama no se creaba sola, había que trabajársela.

Le di un sorbo a mi cerveza y suspiré. Estaba de vuelta en Manhattan, con un año por delante para divertirme. Un año solo dedicado a mí. Iba a quemar todos mis cartuchos y arrastraría a esos dos, porque no pensaba salir siempre solo, teníamos que rememorar viejos tiempos.

Por mí como si mis nuevas hermanas se apuntaban.

Pero que volvía el conquistador... Volvía.

Y en ese momento la imagen de mis amigos felizmente casados se me vino a la mente, pero la borré de inmediato.

No, por ahí sí que no iba a pasar. Eso no era para mí. Yo estaba hecho para disfrutar de mi soltería y sabía muy bien cómo hacerlo. Pero una sola mujer... Nunca.

Estaba preparado para seguir siendo el seductor que siempre había sido, listo para divertirme, ya había trabajado demasiado.

Estaba de vuelta el seductor de Manhattan.

## Capítulo 3



Me desperté, duché y miré a la cafetera.

— Una mierda para ti – dije señalándola.

No pensaba hacerme el café, cogí las llaves y bajé a la calle, que me lo pusieran todo por delante. ¡Era mi año sabático!

Me senté en una terraza, pedí un espresso y un desayuno completo americano, este cuerpo tenía mucha hambre.

Me encendí un cigarro y miré cómo todo el mundo andaba como locos, qué asco y estrés de vida, pensé.

— Buenos días, señor – dijo una preciosa voz femenina –, aquí le pongo su desayuno para que lo disfrute.

Levanté la cabeza y... ¡No! Por favor, una belleza. ¿Latina?

— Buenos días – iba a entrar en acción –. Ese acento me recuerda a – toqué los palillos en señal de que intentaba identificarlo.

— España, señor.

Listo, plan perfecto, española... eso me ponía más.

— ¡Eso es! – dije señalándola con el dedo.

- Que disfrute el desayuno, Señor.
- John, me puedes llamar John – dije sonriendo.
- Está bien, John – se fue sonriendo.

Una española nunca había estado en mi lista, eso había que solucionarlo rápidamente, además me recordaba a la actriz Megan Ryan, igualita... me estaba poniendo cachondo de imaginarla a mi lado, demasiado tiempo alejado de las mujeres...

Pedí otro café y volvió a aparecer ella a traerlo.

- Gracias... ¿Cómo te llamas?
- Me llamo Alba – sonrió.
- Ese nombre es precioso – sonreí.
- Gracias. Disfrute de su café.
- Puedes tutearme...
- A este paso te conviertes en mi mejor amigo – soltó de forma graciosa y descarada.
- Quién sabe – sonreí retándola.
- Lo mismo y tienes suerte – dijo chulescamente, marchándose.



— Lo veremos — respondí en tono más alto para que me escuchara.

Era graciosa, cañera, contestona, guapísima y estaba terriblemente buena, una semana y la tenía en mi cama, casi babeaba imaginándola desnuda...

Un rato después le hice señas para la cuenta, se acercó con el datáfono para cobrarme.

— Así que seremos los mejores amigos — dije pasándola por la maquinita.

— Claro, como los de toda la vida de Dios — sonrió irónicamente.

— Mañana volveré a verte para que no me eches de menos.

— Estupendo, lo pasaré mal hasta entonces — sonrió marchándose.

— No lo dudes, seré tu pensamiento, el que se te venga más veces a la cabeza hasta entonces.

Se giró y sonrió negando con la cabeza.

La tenía en el bote, quizás ahora mismo ella no se daría cuenta, cuestión de días y era mía.

Me fui paseando a buscar un portátil, quería comprar uno que había salido nuevo, así que me fui a la tienda oficial de la marca.

Estaba en mi día de suerte, me atendió una chica simpática, un bombón neoyorkino que estaba poniéndome palote. ¡Qué mal estaba! El encierro de dos años en Japón me había dejado los pulmones encharcados.

— Hola, mi nombre es Janet. ¿En qué le puedo ayudar, señor?

Le iba a decir que a desfogar, pero no era plan de liarla de esa manera, no por falta de ganas, pero primero había que tantearla.

— Mi nombre es John – alargué mi mano, tenía que parecer todo un caballero –, vengo buscando un portátil que salió de vuestra marca hace poco, con la capacidad más grande, por favor.

— Claro, sígame, le enseño.

¿Seguir? ¡Al fin del mundo! Vaya culo, no podía dejar de mirarlo mientras la seguía.

Me enseñó y explicó, escogí el dorado, elegante y fino...

Me hacía el interesante mientras la escuchaba, Janet tenía clase, elegancia, saber estar, cultura, educación, pero yo quería sexo. ¡Para qué mentir!

Salí con el portátil, sonriendo, pensando que ya tenía que volver a la acción porque mi cuerpo pedía guerra, iba directo a casa, me había llamado Enzo y habíamos quedado para comer los tres chicos juntos, aún quedaba tiempo, dejaría el portátil y un rato después me iría a darles el encuentro.

Pasé por la cafetería y vi a Alba sirviendo en la terraza, la boca se me hizo agua, aun me daba tiempo a tomarme una cerveza, sonreí al pensarlo y no dudé en sentarme en la mesa libre.

- Vaya, de nuevo por aquí – sonrió —. ¿Otro café?
- ¿Me intentas poner nervioso con tanta cafeína?
- ¿¿¿Yo??? A mí no me hace falta nada para ponerte a temblar – dijo chulescamente haciéndome un guiño —. Entonces...
- Entonces, una cerveza, rubia y fresca, como tú – sonreí devolviéndole la chulería.
- Vaya, me miras con muy buenos ojos – sonrió irónicamente entrando a por ella.

Me ponía palote, me ponía a mil por horas la españolita.

Volvió de nuevo con su sonrisa pícara.

- Aquí tienes.... ¿Cómo dijiste que te llamabas? – se hizo la tonta, como si no lo supiera, estaba seguro de que se acordaba.
- John. Y tú eras... — para cojones los míos.
- Alba – sonrió irónicamente.
- Ah, es verdad. ¡Maldita cabeza! – fingí.
- Ya... — dijo haciendo ver que no colaba.

Se fue a seguir atendiendo mesas, sonriendo, algo, por muy poco que fuera, le estaba pasando conmigo, cuestión de días para tenerla en el bote.

Me tomé la cerveza y le pedí la cuenta.

- Se va rápido, ¿no? – preguntó para mi asombro.
- Quedé con mis amigos para comer, pero si quieres me quedo un rato más – bromeé.
- Por mí te puedes quedar todo el día, los clientes son bien recibidos – dijo saliendo por otro lado.
- No soy uno más – dije pasando la tarjeta por la máquina.
- ¿Ah no? ¿Y qué eres?
- El que se va a meter en tu cabeza y no lo vas a poder sacar – dije cogiendo el portátil y levantándome.

Sonrió, se fue sonriendo y, cómo no, negando con la cabeza, cuestión de tiempo, nada más.

Subí a mi casa, hice tiempo y me fui a dar el encuentro a estos.



## Capítulo 4



- Uy, esa sonrisa no presagia nada bueno...
  
- Hola, Brian, yo también me alegro de verte —sonreí y me senté frente a los chicos, quienes ya estaban esperándome sentados a la mesa en el restaurante.
  
- Venga, cuenta, ¿quién es ella? — Enzo, otro que había olvidado los buenos modales y no sabía saludar.
  
- ¿Quién es quién? —me hice el tonto.
  
- La que te limpió el sable —rio Brian.
  
- Nadie hizo semejante cosa. Camarero... —llamé cuando lo vi acercarse— Otra cerveza para mí, por favor.
  
- Ah, ¿no? ¿Entonces?
  
- No os entiendo...

Era mentira, claro que los entendía, pero como eran unos cotillas de los buenos, no me daba la gana de contarles nada. Además, tampoco había pasado nada, yo solo estaba contento porque por fin volvía a la carga.

- Los dos años en Japón te han afectado, ¿no, John?

Miré a Enzo burlonamente cuando hizo esa pregunta.

- Sí, más de lo que crees —suspiré dramáticamente—. Decidme, ¿cómo están las chicas? ¿Y los bebés? ¿Todo bien?
- Todos bien —afirmó Brian—. Excepto porque a Lili le caíste muy bien y no me hace ni pizca de gracia.
- ¿Y eso por qué? —pregunté asombrado.
- Bueno, a no ser que de repente hayas salido del armario, por lo que no me importaría que tuviera un amigo gay... Pero eso no ocurrió, ¿verdad? —preguntó con cara de circunstancia.
- No —reí a carcajadas—. Pero deja la tontería, sabes que soy incapaz de fijarme en alguien que esté con vosotros.
- Lo sé, solo bromeo —rio Brian y yo lo sabía, no hacía falta tampoco que me lo aclarase.

Pedimos el almuerzo y miré a Enzo, estaba demasiado serio.

- ¿Y a ti qué te pasa? ¿Celoso también?
- No, cansado...
- ¿Y eso?
- Emma no me dejó dormir...

- ¿Por qué? —pregunté, pero al mirarle a la cara y oír las risitas de Brian me hizo entender de qué estaba hablando— Ah —reí—, bendito cansancio.
- Y que lo digas —rio al final—, pero estoy agotado.
- Quejica... Lo que daría yo por no poder moverme por eso. A este paso no podré moverme por justo lo contrario.
- Exagerado —intervino Brian—. Venga, estamos en confianza, así que ya puedes ir contando. ¿Qué dejaste en Japón? ¿Un hijo?
- ¿Qué? No digas eso ni en broma — me persigné, no era religioso, pero por si acaso —. Quita, no tientes a la mala suerte. Además, yo siempre me protejo, que a saber lo que hay por ahí. Y no pasó nada, si os lo dije ayer.
- ¿Te estás quedando con nosotros? —preguntó Enzo.

Pues no, pero no sabía por qué no me creían. Vale, sí lo sabía, pero tampoco era como para no creérselo.

- Pues no... — se me quedaron mirando sin decir nada y ya me estaba agobiando, qué pesados eran — En serio, con el trabajo nos tenían más que controlados, tampoco había mucho que hacer. Y la mayoría éramos hombres, así que...
- La mayoría, y ¿esa minoría? —preguntó Enzo, sagaz como siempre.



- Esa minoría estaban casadas.
- Venga ya — rio Brian —. Nosotros estamos casados, pero no somos idiotas, John. ¿Qué hay que no quieres contar?

Puse los ojos en blanco.

- Está bien. Pero solo fueron un par de veces...
- ¿Con quién? —preguntaron los dos.
- Con una de las jefas del proyecto, pero solo fue una forma de aliviarnos, nada más — aclaré.
- ¿Solo un par de veces en dos años? — preguntó Brian.
- Sí — dije sinceramente —. Ella estaba casada, su marido también trabajaba allí. Ocurrió un par de veces porque no pudimos evitarlo, pero nada más. Y eso es todo.

Nos sirvieron la comida y bebí un sorbo de cerveza.

- Vale, te creemos — aseguró Enzo y yo volví a poner los ojos en blanco, como si me importara. Aunque en realidad lo hacía, por más que siempre lo había intentado, no había sido capaz ni de mentirles ni de ocultarles nada.
- Ahora es vuestro turno. ¿Cómo os cazaron? — reí.

- No lo sé, tío — comenzó Enzo —. Pero la verdad es que desde que la vi en ese evento, sirviendo a los invitados, supe que tenía que ser mía.
- ¿Tuya de tuya?
- No, suya de divertirse, pero el gilipollas se enamoró a los dos segundos — Brian se reía a carcajadas.
- Mira tú quién fue a hablar, el que se encaprichó al verla cantando en un bar — se defendió mi amigo.
- No fue así exactamente... — dijo Brian.
- Ah, ¿no? Pues ilumínanos — dijo Enzo.
- Yo solo quería divertirme el tiempo que estuvimos en Cuba, solo que las cosas se complicaron.
- Claro, se complicaron porque te enamoraste, ¿no te jode? — por primera vez, Enzo soltó una carcajada.

Nada mejor que la relación que existía entre ellos para meterse el uno con el otro, sin que a ese otro le molestara en absoluto y que eso alegrara el humor en cualquier situación.

Seguimos bromeando y riendo mientras comíamos. Me encantaba que el ambiente fuera así, eso nunca cambiaba entre nosotros.

En ese momento pasó por nuestro lado el bombón del día. Madre mía, cómo

estaba esa mujer.

— Está casada — dijo Enzo.

— No. Casada no, pero es lesbiana — dijo Brian.

Me reí, comenzaban las apuestas.

— ¿Cómo sabes que es lesbiana? ¿Eso puede saberse ni nada? — reí.

— Bueno... Pasó por aquí, sola y no nos miró a ninguno de los tres.

— Como Liliana te escuche, sí que no volverá a mirarte nadie — Enzo reía y reía.

— No es para tanto — Brian resopló —. Y tú, John, ¿qué dices?

Miré a mi lado, observándola. Se había sentado en una mesa cercana y estaba con el móvil en la mano. Por el aspecto que tenía, los ojos rojos...

— Acaba de romper con el ex...

— ¡Venga ya! — dijeron los dos.

— Pues hala, ya que eres tan listo y el único soltero que queda en la mesa, te toca averiguarlo.

Joder, lo sabía. Y no me importaba ligarme a una mujer preciosa como esa, es más, me resultaría fácil. Solo que estaba seguro de lo que estaba diciendo. Era inteligente y no había que ser muy listo para saber que dos más dos eran cuatro, pero, al parecer, esos dos estaban perdiendo facultades.

Los miré y ellos me miraron con las cejas enarcadas. No podía creer que me hicieran hacer eso allí, en ese momento. Pero en fin, era lo que tocaba. Me levanté lentamente y...

— Perdona...

Ella levantó la mirada rápidamente de la pantalla del móvil, se quedó sorprendida al verme.

— Disculpa, no quise molestarte.

— No, está bien — sonrió —. ¿Nos conocemos?

— Pues la verdad es que no lo sé, te vi y me quedé con esa duda, perdona mi atrevimiento — sonreí, no sabía por qué, porque esa táctica en general no solía funcionar, las mujeres tontas no eran, por mucho que estuvieran mal y vulnerables por la ruptura de una relación, pero oye, a mí siempre me funcionaba, para qué iba a mentir.

— No, tranquilo. Me es familiar tu cara, pero no caigo...

Eso era mentira, ella intentaba hacerlo lo mejor que podía, imaginando que yo, un desconocido, me había fijado en ella y que podría olvidarse un rato de su pena.

— John — le ofrecí la mano.

— Sara — dijo ella al darme la suya.

— Un placer, Sara. Me vuelvo a disculpar contigo, quizás me equivoqué

de persona. Pero, de todas formas, ¿te sientes bien? — yo más dulce no podía ser en ese momento.

— Sí... sonrió forzosamente — Y estaré mejor cuando pueda olvidar el gilipollas de mi ex.

Ahí estaba. Lo soltó con rabia. Si es que lo sabía.

— Lo siento, yo no quise... — dije a conciencia.

— No pasa nada, yo tampoco quise encontrármelo con otra.

— Mierda... Lo siento.

— Está bien — sonrió con pena.

Hablé un poco más con ella y me despedí, llevándome, como ya me imaginaba, su número de teléfono apuntado en la agenda del mío.

Me giré y miré a mis amigos con una sonrisa triunfal. No solo había acertado, sino que también me había asegurado lo que iba a ser un polvo seguro.

Me senté a la mesa y seguí sonriendo.

— ¿Quién da más? — pregunté.

— Qué asco de tío — rio Brian.

Pero así eran las cosas. No había perdido práctica y, además, era bueno en mi trabajo porque me gustaba observar todo y era bueno para eso. Y, al parecer, dos años encerrados en Japón no habían minado mis capacidades.

- Esto se merece una celebración — dije yo, terminando mi tercera cerveza.
- Ah, no, no nos líes que las fieras...
- Vamos, acabo de llegar a la ciudad después de dos años lejos, os acabo de ganar — dije recordando lo de la chica —. Así que me merezco una vuelta a casa en condiciones.
- Tiene razón — dijo Brian.
- Y que nos matarán también — dijo Enzo.
- Sí, eso también — rio mi amigo—. Pero ¿qué más da?
- ¿Y por qué os iban a matar? — pregunté — Pensé que confiabais los unos en los otros.
- Y lo hacemos — aclaró Enzo —. El problema es que nos van a matar cuando se enteren que nos hemos ido sin ellas.

Los miré y vi que lo decían en serio y no pude más que volver a reírme.

Me encantaban esos momentos y la verdad es que los había echado mucho de menos. No siempre estábamos de risas, también teníamos nuestros momentos malo y nuestros problemas, pero sabíamos que estábamos los unos para los otros y eso era más que suficiente.

Ahora volvía a estar de vuelta en mi ciudad, rodeada de nuevo por la gente

que era importante en mi vida y me sentía otra vez en mi salsa.

— ¿Entonces qué?

Los miré cuando les pregunté eso. Sabía que iban a decir que sí y que solo exageraban las cosas con el tema de sus mujeres. Por lo poco que las conocía, sabía de más que no eran mujeres celosas y que confiaban en ellos y conociéndolos a ellos muy bien, sabía que eran leales.

Pero joder, yo estaba libre, necesitaba empezar mi año sabático cuanto antes. Que se me iban las horas y seguía sin...

Y ya no podía más, se me iban a poner azules.

— Solo si averiguas lo de esa —me retó Enzo.

Miré a quien señalaba. Su aspecto, su forma de sentarse, de comportarse. Su...

— Está casada.

Y me levanté, había que comprobarlo. Y, efectivamente, estaba casada. Cuando volví a la mesa, los miré, riendo.

— ¿No fallas nunca? — preguntaron resoplando, cuando ellos mismos sabían que así era, jamás solía fallar, pero no por nada, si no porque ellos no eran tan observadores como yo, porque si lo hubieran sido...

— Mirad su cuello — les dije, encogiéndome de hombros.

Lo hicieron rápidamente, a la mierda el ser discreto, pensé y me reí.

— Hostias —rio Brian—, pues sí que estamos perdiendo facultades.

- La verdad es que nunca la tuvisteis. Solo os funcionaba con las mujeres que de verdad os llamaban la atención. Con las otras... En el juego... Nunca os habéis centrado en los detalles. De haberlo hecho, abríais visto la alianza que lleva colgada en esa cadena —me reí.

Y entre bromas y bromas, terminamos la comida. Nos dio el café de media tarde allí, claro que nosotros no lo tomamos, nos apetecía beber y recordar viejos tiempos y no había mejor manera que seguir emborrachándose. Hasta perder la cabeza.

Y eso hicimos, volver a ser los tres de siempre. Y divertirnos como solo nosotros sabíamos hacerlo.



## Capítulo 5



Y horas después estábamos en el Hell, el pub al que siempre solíamos ir. No era un nombre apropiado. O tal vez sí, porque todos iban allí a buscar compañía además de a beber.

- Me va a matar como sepa que estoy aquí —resopló Enzo.
- Yo ya estoy mirando qué poner en mi esquila —dijo Brian.
- Exagerados —reí.

Estábamos los tres sentados a la barra con una copa de whisky para mí y ron para ellos. Eso no cambiaba nunca. Y mis ojos ya hacían un barrido por la pista de baile.

Había de todo, tenía donde elegir. Chicas bailando en grupo, a cada cual más guapa y con unos cuerpazos... Tenía una erección insoportable solo con verlas, así de necesitado estaba ya.

- Nos iremos pronto, este no creo que tarde en estar acompañado —rio Brian.

Yo esperaba que tuviera razón, más que nada por mi salud física o me iba a quedar eunuco si no me desahogaba pronto. Que usar mi mano a diario ya no era suficiente, necesitaba el sexo de verdad y meterla donde quería.

Seguí mirando y mirando hasta que mis ojos dieron con alguien que me resultó tremendamente familiar.

— El cazador eligió presa...

Miré a Enzo y fruncí el ceño.

— ¿Estáis aquí para divertirnos o para estar pendiente a mí?

— Pues la verdad que para estar pendiente a ti, a ver si follas ya y nos dejas en paz que no tenemos ganas de morir —dijo este.

— ¿Por qué hablas en plural?

— Ah, porque moriremos los dos —miró a Brian y este afirmó con la cabeza.

— Os habéis convertido en unos aburridos —suspiré.

— No, solo nos enamoramos —sonrió Brian.

— Aburridos hombres casados —insistí.

— Lo que serás tú pronto —sentenció Enzo.

— ¿Yo? Ni de coña, ¿pero qué dices? Antes me la corto que atarme a nadie.

— Sí, sí...

Estaba claro que mi amigo Enzo no me creía y por lo que parecía ser, Brian tampoco.

- Algún día te llegará —sentenció esta vez Brian.
- Jamás —juré.

Y volví a mirarla. Allí estaba, bailando con dos amigas en la pista. Así que la española se me había cruzado en el camino... No sabía si eso era suerte o no, pero que la iba a aprovechar, lo haría.

- ¿Quién de las tres? —preguntó Enzo mirando en la dirección en que yo lo hacía.
- La del vestido negro. Alba.
- ¿La conoces? —preguntó Brian.
- Sí, es camarera de donde voy a desayunar.
- ¿Y aún no la tienes en tu cama? —rio Brian.
- No me dio tiempo, pero ocurrirá — me bebí lo que me quedaba de whisky de un tirón—. Solo que ella aún no lo sabe.

Los hice reír a carcajadas, pero la cosa era así. Desde el primer momento decidí que la tendría en mi cama y lo haría.

- Pues comienza el juego...

Me levanté de la barra y me acerqué adonde se encontraba. No iba a perder ni

un segundo más. El destino me la había puesto en bandeja y yo no iba a desaprovecharlo. Y nadie mejor que ella con quien pasar la primera noche de mi año sabático.

Me acerqué lentamente, pasando entre la gente que se congregaba en la pista de baile. Terminé detrás de ella y, sin tocarla, acerqué mi boca a su oído y le dije un hola.

Se dio la vuelta inmediatamente, casi asustada y su cara puso rápidamente una sonrisa irónica en su cara.

- Vaya, qué casualidad —sonrió.
- La verdad es que sí —chillé un poco, allí no había quien se enterara de nada—. ¿Me dejas invitarte a una copa?
- No estoy sola —señaló a sus amigas, quienes seguían bailando pero pendiente a mí, incluso una de ellas devorándome con la mirada y poniéndome ojitos. Pero no, guapa, que lo eres, no eres mi tipo, pensé. Yo estaba interesado en la otra.
- Pues os invito a todas, pero no vas a negarme una copa, ¿verdad, Alba? Solo para charlar un rato.

Me miró con las cejas enarcadas y tras mirar a sus amigas, me hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

- Está bien, pero solo una copa.
- Solo una copa — confirmé, levantando ambas manos en señal de paz.

La seguí cuando salió de la pista y nos acercamos a la barra del pub. Lejos de mis amigos, quienes aún seguían allí, sin dejar de mirarme y reírse entre ellos. Les guiñé el ojo, burlón. Estaba seguro de que esa noche conseguiría lo que quisiera.

— ¿Qué quieres tomar? —le pregunté.

— Whisky.

Wow... Nada de margaritas ni cosas típicas de mujeres.

— ¿Solo? —no me lo podía creer.

— Como lo tomes tú —me retó.

Sonreí, me había dado a entender que me había visto y sabía lo que bebía, así que o era muy observadora o me había mirado más de la cuenta. Y seguramente sería una mezcla de ambas cosas.

Pedí las bebidas, las cogí y las pagué y le hice señas para sentarnos en una de las zonas más apartadas para poder hablar mejor.

— ¿No trabajas mañana? —le pregunté cuando nos sentamos.

— Sí. Pero tenía ganas de salir un rato, no todo es trabajar.

— Haces bien. ¿Trabajas todos los días allí?

- No. Pero estos días estoy cubriendo una baja y el dinero nunca viene mal.
- ¿Y cuánto llevas aquí?
- ¿Es un interrogatorio, John?
- Me encanta que no se te haya olvidado mi nombre.
- Cómo podría, me lo repetiste —se burló.
- A los clientes hay que tratarlos bien —le recordé.
- Pero en este momento no eres mi cliente —le dio un trago al whisky y ni se inmutó—. En este momento somos los dos iguales.
- ¿No lo somos cuando desayuno en la cafetería? —pregunté sin entender el comentario.
- Pues no...
- ¿Por qué piensas eso?
- A ver... — me miró de arriba abajo. Mierda, se me había puesto aún más dura, si es que eso era posible— Soy extranjera, trabajo de camarera y tú... Un neoyorquino con dinero, por lo que parece... ¿En qué somos iguales tú y yo?

Lo dijo bromeando, pero yo no dejé de mirar sus ojos en ningún momento. Sabía que detrás de esa broma había mucha verdad. Seguramente no todo el mundo se había comportado bien con ella allí y la creía. Éramos un pueblo abierto, multirracial, pero por desgracia aún seguía habiendo quienes consideraban a los extranjeros como inferiores, eran pocos y gilipollas, pero los había. Como en todos lados, yo en Japón también me crucé con algún que otro imbécil que pensaba que yo era lo peor o que por mi culpa él no tenía el trabajo que quería.

Había gente para todo, siempre fue así y en cualquier rincón del planeta. Prejuicios de mierda.

— Somos personas, ¿no es suficiente? —era un tópico, pero la más pura verdad.

Yo había trabajado muy duro para conseguir el nivel de vida que llevaba, pero sabía muy bien de dónde venía. Mis padres eran granjeros, tenían sus granjas y cultivos en Alabama, yo había nacido y me había criado allí y nunca me había avergonzado de mis orígenes.

Ellos habían trabajado duro para pagarme la educación que recibí y yo no podía desaprovecharla. Y gracias a su esfuerzo, yo estaba allí en ese momento, disfrutando de la vida que me había trabajado yo mismo, viviendo de lo que había estudiado. Así que en parte la entendía y sus miedos también.

— Debería de serlo, pero no lo es —sonrió—. Y no es noche para eso. Dime, ¿qué haces por aquí? ¿Vi que no viniste solo...

— Tenía ganas de salir —dije lo mismo que ella—. Y no, vine con esos

dos que no paran de mirarnos —puse los ojos en blanco.

- ¿No tienen otra cosa mejor que hacer? —rio y me quedé embobado mirándola.
- No... Me encontré con que se casaron y...
- ¿Son gays?
- No —reí—. Pero cuando volví de mi viaje, dos mujeres hermosas los habían cazado, así que los he tenido que secuestrar hoy para que me acompañaran.
- Entiendo —siguió riendo—. ¿Y tú, no estás casado?
- ¿Es esa una sutil manera de pedirme una cita? —le guiñé un ojo, bromeando.
- Más quisieras tú... Pero no, jamás te la pediría. Solo que como te gusta tanto preguntar, pensé en hacer lo mismo.
- Yo no tengo ningún problema en hablarte de mi vida, Alba. ¿Qué quieres saber de mí?

Se me quedó mirando unos segundos, bebió lo que quedaba en su copa y se la bebió de un trago. Se levantó lentamente, sin dejar de mirarme y así se acercó a mí. Abría las piernas un poco para que pudiera acercarse un poco más y rogué que lo hiciera, porque de azules, las pelotas se me iban a poner ya



moradas.

- Esa no es la pregunta acertada —acercó su boca a mi oído y habló—.  
La pregunta es: ¿qué es lo que realmente quieres tú saber de mí?

Se separó, un escalofrío me había recorrido el cuerpo al tenerla tan cerca y me había parado las ganas de tocarla, de pegar esas caderas a mi entrepierna, de besarla y de follármela allí mismo, con toda la gente mirando.

Lo que me importaba en ese momento todo con el calentón que tenía.

La observé, esa mirada pícaro y guerrero que tenía.

- Alba...

Fui a decirle algo, pero me hizo un gesto para que no lo hiciera. Y me dejó allí, solo, sin opción a responder a esa pregunta y sin entender nada de nada.

No muchos segundos después, mis amigos se colocaron a mi lado.

- ¿Qué te ha dicho para esa cara? —preguntó Brian.
- ¿Qué cara? —pregunté sin entender.
- Esa, la de no entender nada —rio Brian.
- Es que no entendí una mierda —reconocí.
- Ya lo entenderás...
- ¿Qué entenderé, Enzo?

— Que tu año sabático se jodió —rio y Brian lo hizo con él.

— No entiendo...

— Lo sé, amigo, lo sé, pero lo harás.

En ese momento entendí lo que me querían decir y resoplé.

— Ni de coña. Os dio por ahí, ¿no? La quiero en mi cama y en mi cama estará, solo eso.

— Claro que sí... —rio Brian.

— Y esta noche dormirás solo —rio Enzo.

Lo miré, el reto en nuestras miradas.

— Eso aún está por verse.

Olvidé a Alba y me centré como pude en encontrar a alguien con quien aliviarme. Solo una noche, por Dios, pero lo necesitaba. Y la vi, esa era perfecta para lo que quería, estaba seguro.

— Os podéis ir con vuestras esposas ya. Tengo compañía —dije confiado.

Les di a los dos unas palmadas en la espalda y me marché, iba a por ella y con ella me iría. Aunque no pudiera dejar de observar a la otra. Pero... La necesidad era la necesidad.

Y dos horas después la tenía en mi apartamento, en mi cama, después de por fin, haber evitado que se me pusieran morados.

Ella estaba adormilada a mi lado y yo no sabía cómo decirle que quería quedarme solo. Esperaba que ella lo entendiera por sí misma y no tardara mucho en irse de allí, de ella ya había tenido más que suficiente.

Pero, para más inri, hizo lo que no debía, se acurrucó y apoyó su cabeza en mi pecho.

No, mujer, eso no se hace, solo fue un polvo, resoplé mentalmente, ya la había cagado. O la había cagado yo al elegir.

Cerré los ojos y suspiré, resignado. Su mano me acarició el pecho y llegó hasta mi medio erección. Un par de toques y ya estaba dura de nuevo. Joder, maldito cuerpo, ¿no había tenido suficiente?

Noté cómo ella sonreía al sentirse con el poder. Y en ese momento sí que lo tenía sobre mi cuerpo. Ahora tenía que saciarme de nuevo.

Acepté el beso que me daba y me centré de nuevo en ella, en darle placer y en dármelo a mí.

¿El problema? Que esa vez, a la que sentía entre mis brazos, no era precisamente a la mujer que tenía.

Si no a una española que era quien debería estar ahí.

## Capítulo 6



El timbre me despertó a la mañana siguiente. Me quejé antes de quitar a la rubia de encima de mí y salí de la cama. Joder, me había quedado dormido y ella aún estaba en mi cama. Era algo que no me gustaba hacer, prefería encontrarme solo en las mañanas, los polvos solo eran eso, polvos.

Me puse la bata y fui a abrir la puerta, a ver quién era porque estaba dando un por culo con el timbre...

Y abrí y pestañeé varias veces.

- Pues sí que bebiste ayer, menuda resaca que tienes... se te nota en la cara.
- Emma... Buenos días —entró sin pedirme permiso y Liliana detrás —. Liliana...
- Puedes llamarme Lili, ya hay confianza – señaló a mis partes íntimas, bajé la mirada y me tapé mejor. Joder.

Ella se moría de la risa.

- Pasad... —dije irónicamente.

Cerré la puerta y las seguí hasta el comedor.

- ¿Pasó algo? ¿Estáis bien? – pregunté preocupado.

- Nosotras estupendamente, ¿y tú? —preguntó Emma, sentándose en el sofá.
- Esto... Pues sí...
- Ajá... Yo te veo tan mala cara como a Brian, por cierto, ¿cuánto bebió anoche? —quiso saber Liliana.

Mierda, si es que me iban a matar.

- Un poco más de la cuenta... ¿Ellos están bien?
- Ajá... Muy bien, mijo, Brian con una resaca de caballo, pero bien...
- A ver, solo nos fuimos de copas, no pasó nada, yo...
- No, si eso lo sabemos, no es el problema —dijo Emma.
- ¿Y cuál es el problema entonces? —no estaba yo para entender mucho recién despierto y con una resaca de mil demonios.
- Hola...

Maldije, la que faltaba para completar el cuadro.

- ¿Ella es...? —preguntó Emma con la boca abierta.
- Soy Lisa... —dijo la otra avergonzada— Lo siento, yo ya me iba. John... —y la pobre no sé lo que pensaría que salió de allí casi corriendo y con la ropa mal, oiría voces de mujer y a saber lo que

pensó, pero acabé respirando aliviado, un peso que me quitaba de encima.

- Pues no es ella, hija... —dijo Lili.
- ¿No es quién? —esas dos eras siamesas por leerse la mente y yo no me enteraba de nada esa mañana.
- La camarera —dijeron las dos.
- La camarera... —repetí sin entender.

Oh, joder, iba a matar a los dos chivatos de mis amigos. Desde ese momento dejaba de considerarlos mis hermanos.

- No pongas esa cara, en esta mini familia lo sabemos todo —me aclaró Emma.
- ¿Y desde cuándo formo yo parte de esa mini familia?
- Pues desde siempre —rio Liliana—. Y ahora date una ducha y tómate el tiempo que quieras, no te preocupes, no tenemos prisa hoy. Y arréglate que tenemos que ir a desayunar.
- No hace falta... A ver, no sé qué queréis, pero me duele la cabeza y me quiero dormir.
- Pues va a ser que no. Porque yo, al menos, estoy de buen humor después de que obligaras a mi marido a meterse en un pub sin mí, así que si no quieres conocerme cuando me llevan los demonios por los

celos... Pues mejor nos vamos a desayunar que con el estómago lleno todo se me pasa.

Emma terminó de decirlo con una sonrisa dulce en la cara y yo no sabía si moverme o no.

— ¿Estás de coña? —pregunté.

— No — dijo seriamente.

Las miré a las dos y joder, hasta me acojoné. Así que cogí y me fui para darme una ducha. Más valía no despertar al demonio.

Al salir de la bañera, encendí el móvil y vi que tenía un mensaje de Enzo.

*“A mí no me va a matar, pero prepárate porque va para tu casa...”*

Joder, ya podía haberlo leído antes, pensé. Y yo, un hombre adulto y libre, ¿por qué mierdas tenía que hacerles caso a esas dos?

Me vestí y me arreglé, pero iba a decirles unas cuantas cosas, en primer lugar que me dejaran en paz, yo iría a desayunar porque tenía hambre y en segundo, que... Que me dejaran en paz, hostias.

Llegué al comedor decidido a cantarles las cuarenta ya que me sentía más despierto cuando me las encontré a las dos de pie, cruzadas de brazos y mirándome con las cejas enarcadas.

A la mierda mi resolución, mejor no despertaba a las fieras.

— ¿Y dónde vamos a desayunar? —pregunté en su lugar.

- Dínoslo tú —sonrió Emma.
- ¿Yo? Pues no sé, por aquí hay varios sitios.
- Donde esté Alba.
- Oh, mierda —miré al cielo, mis peores temores hechos realidad—. Venga, dejadlo ya. Yo os pido perdón y de verdad que no volveré a llevarlos a ningún lado, pero esto no —supliqué.
- Ah, no, mijo, si puedes llevártelos donde quieras. No estamos enfadadas por eso —dijo Lili.
- Ah, ¿no? —pregunté desconfiado.
- Pues no... Nos molestó que no contarais con nosotras, pero lo entendemos.
- Oh... Pues si es por eso, la próxima vez vamos todos. No hay mayor problema. Así que ya podéis dejar el tema e ir a trabajar o a cuidar a los niños o a lo que seáis que tengáis que hacer hoy —joder, en ese momento no sabía ni en qué día vivía—. Pero dejadme en paz.
- Si te dejaremos en paz, pero nos debes una —sonrió Emma.
- Os debo las que queráis —yo con tal de que no la liaran con Alba... No las conocía aún, pero me imaginaba que su venganza sería dejarme en vergüenza y no, yo a Alba me la tenía que llevar a la cama sí o sí y con la mierda de la resaca no tenía yo capacidad



mental para aguantar las pullas de esas dos—. Pero dejadme en paz.

— Que lo haremos —suspiró Lili—. Cuando la conozcamos.

— ¿Pero cuándo conozcáis a quién? —pregunté ya desesperado.

— A Alba —dijeron las dos a la vez.

— No vais a parar hasta verla, ¿verdad?

— Ya empiezas a conocernos —rio Lili.

Yo me iba a cagar en la leche que mamaron las dos. No iba a ponerme a pelear con ellas porque mis hermanos dejarían de ser eso como se enteraran, pero ¿por qué demonios tenía yo que presentarles a nadie?

Pero bueno, era una tontería, ¿no? Iríamos, desayunaríamos, la verían, se le quitaría la curiosidad que sentían por ella y poco más. Tampoco es tan grave, John, me dije a mí mismo. Deja el drama, solo quieren meterse un poco contigo y reírse de ti. No le des tanta importancia.

Y tenía razón en eso, pero no sabía por qué, me estaba dando un miedo atroz a cagarla con Alba. Sería de las ganas que tenía de tenerla en mi cama.

— Está bien —suspiré.

Salimos de la casa y llegamos al lugar en el que había desayunado esos días atrás. Nos sentamos en una mesa y ahí estaba ella, acercándose a nosotros.

— Buenos días, ¿qué desean? —dijo con un intento de sonrisa que no le salió muy bien.

Las chicas pidieron de todo, les faltó pedir media vaca a la plancha, madre de dios, cómo comían. Yo estaba deseando que no se notara que ella era Alba, así que actuaría como si no la conociera.

- Yo solo un café, gracias —dije seriamente.
- Supongo que doble —dijo Alba y yo cerré los ojos, por dios, que no metiera la pata.

Las chicas la miraron con curiosidad por el comentario y ella, al darse cuenta, carraspeó.

- Lo siento —se disculpó antes de marcharse de allí.
- Es ella —rio Emma tras mirar a Alba marcharse y a mí con cara de póker.
- Sí, esa es Alba, ya habéis saciado vuestra curiosidad. Curiosidad que no entiendo a qué viene, pero bueno... ¿Me dejáis ya en paz?
- Sí... —dijo Liliana muy tranquila.

Suspiré, gracias a dios, no había sido para tanto.

Me mantuve en silencio hasta que Alba nos trajo el desayuno. La taza con mi café casi la dejó caer en la mesa. Di un pequeño salto cuando el café me mojó un poco el pantalón y la miré con la intriga en la cara.

- Lo siento... —dijo pareciendo contrita, pero no colaba.
- No pasa nada, es normal ponerse nerviosa con John —dijo Emma, sin venir a cuento y yo la miré, diciéndole con la mirada que iba a matarla.
- Sí, ya ves, a nosotras aún nos ocurre —dijo Liliana.

Alba carraspeó y yo no sabía si iba a soltar una de las suyas ni entendía el juego de esas dos locas.

- ¿Pero qué os pasa? —pregunté directamente cuando Alba se marchó tras limpiar mi mesa.
- Tienen razón —rio Liliana.
- Oh, sí, y tanto —rio Emma entonces.
- ¿Quiénes tienen razón y por qué demonios tienen razón? —me estaba empezando a cabrear y las iba a matar a las dos allí mismo.
- Tus amigos —dijo Lili.
- John... Muy guapa la chica —dijo Emma.
- Sí que lo es... Pero no entiendo... —empecé.
- No, lo sé, pero ya lo entenderás.

Ay, señor, era igual que el marido.

- ¿Ya entenderé qué? —pregunté, desesperado y frustrado.
- Que se te jodió el año sabático, cariño —sonrió Lili.
- Mirad, yo de verdad que hago un esfuerzo por entenderos, pero no os entiendo una mierda hoy. ¿De qué demonios estáis hablando?
- ¿De qué crees que estamos hablando? —preguntó Lili.
- Pues no lo sé, ¡si supiera no lo pregunto! —grité ya, desesperado porque me estaban sacando de mis casillas.
- Pues que serás el próximo en casarte, hermano.

Eso lo dijo Enzo a mi espalda, dándome un golpecito en la espalda. Joder, los que faltaban, pensé al verlos.

- Os dio por mí hoy, ¿no? —suspiré.

En ese momento llegó Alba para tomar nota a Enzo y Brian. Ellos terminaron de besar a sus respectivas mujeres y después se sentaron.

En ese momento vi cómo la cara de Alba cambiaba al ver que ninguna de esas dos locas era nada mío. Y no entendía... No, espera, ¿se había puesto celosa? Una medio sonrisa se formó en mi cara, dejé que tomara nota del pedido y se fuera sin decirle absolutamente nada.

Entonces miré a Emma y Lili y ellas me miraban a mí, sonriendo.

- Está celosa —reí.
- Sí que lo está, sabemos actuar —rio Liliana.
- ¿Ves, John? Solo queríamos ayudarte un poco —sonrió Emma—. Ya sabes que le gustas, ¿te parece poco?
- Pero yo eso lo sabía —dije con suficiencia, porque joder, era verdad, eso ya lo había notado—. Y no necesito ayuda para ligar — los miré a todos con los ojos entrecerrados.
- Para ligar no, amigo, pero en lo demás no tienes mucha experiencia.
- ¿En qué no tengo experiencia, Enzo?
- En el amor, hermano, en el amor.

¿El qué? Me reí a carcajadas. Esos estaban todos idos de la cabeza. Como ellos estaban enamorados y casados, ya todo era amor. Había que joderse. Miré a Alba, seguía atendiendo a las mesas y por un momento nuestras miradas se encontraron y ella la apartó rápidamente.

Yo me quedé mirándola. Sí, me gustaba mucho, pero no para nada más que para un polvo. O quizás para varios.

Yo quería mi año sabático, quería hartarme de follar y quería hartarme de mujeres. Y ella sería una de ellas, pero nada más que eso.

Dejé de un lado los pensamientos de los cuatro tontos que tenía como amigos y seguí tomando mi café.

Las dos locas me miraban como diciendo: ya verás como tenemos razón. Pero yo me conocía bien a mí mismo. El amor no estaba hecho para mí, si lo sabía yo bien...

Eso sí, el sexo sí. Y la quería a ella en mi cama. La tendría.

Además, viendo cómo había actuado al malpensar de Emma y Lili, sabía que le gustaba aunque ella me lo negara. Así que sería mi oportunidad de ir a por todas. De conseguir tenerla como la quería. Desnuda, en mi cama, entre mis brazos y yo dentro de ella.

Pero nada más.

Sexo, solo sexo. Lo tenía claro.

Y nada más que sexo.

Y la conseguiría, ya me quedaba menos.

No volvimos a cruzar palabra, no pensaba hacerlo con los cuatro allí, pendiente a mí. Terminamos de desayunar y nos despedimos en la puerta. Se marcharon juntos en el coche de Enzo y yo suspiré de alivio.

Malditas arpías, la que habían liado para conocerla y para demostrarle que yo a ella le gustaba. Como si yo no supiera que le gustaba, pensé y resoplé.

Me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros y comencé a caminar. Esa noche también saldría, total, no tenía nada más que hacer. Joder, para algo era mi año sabático. Así que iba a aprovechar para hacer algunas compras, comería algo por ahí porque yo no pensaba tocar la cocina en lo que quedara de año a no ser que fuera para un simple sándwich, me dormiría una siesta y me iría de copas. Quién sabe, a lo mejor hasta me encontraba a Alba de nuevo.

Aunque eso ya sería tener demasiada suerte.

Y si no... Pues ya encontraría a otra, como me pasó la noche anterior. Me encogí de hombros, lo mismo me daba. Yo tenía que disfrutar.

Me paré esperando que el semáforo se pusiera en verde y como gilipollas que era, miré para atrás. Y la vi, atendiendo a unos clientes con una gran sonrisa en la cara.

Vale, no me daba lo mismo. Follar podía follar con cualquiera y lo haría. Pero cada vez tenía más ganas de tenerla a ella en mi cama.

Me estaba sintiendo bipolar, sentía como un debate interno que ni yo mismo entendía.

El semáforo sonó y miré, ya estaba en verde. Seguí caminando y crucé la carretera. En esto que pasó por delante una morena despampanante. Joder, qué pechos... Se me había puesto dura con solo mirarla.

Era un enfermo...

Pero sonreí, porque por un momento esos cuatro me habían asustado. No, yo seguía siendo el mismo, un alma libre. No sabía de dónde sacaban esas gilipolleces del matrimonio ni del amor. Seguro que era para sacarme de mis casillas. Yo seguiría libre, disfrutaría de mi año sabático como tenía pensado y a ella, a Alba, también me la llevaría a la cama tarde o temprano.

Y nada más que eso. Éramos adultos. Sexo sin compromiso, me dije a mí mismo de nuevo para relajar la extraña sensación que me daba pensar en eso y que no entendía en absoluto.

Eso sí, necesitaba una nueva estrategia con ella porque las víboras habían

hecho retroceder todo mi avance.



## Capítulo 7



Después de callejear por Manhattan, hacer compras, comer en un restaurante italiano y descansar después unas horas en casa, ya estaba listo para tirarme a la noche, solo, pero a la caza de la presa, primero iba a probar suerte por si me encontraba a Alba en el sitio de ayer, así que allá fui.

El taxi me dejó en la misma puesta y entré directo a la barra, me pedí un whisky y observé a la pista, ni rastro de Alba por ningún lado, tendría que buscar un plan B.

- Sabía que vendrías – dijo una voz familiar a mi espalda.
- ¿¿¿Me estás persiguiendo??? – pregunté sorprendido al ver a Alba.
- Así es, no iba a salir, mis amigas no podían y me dije que posiblemente tú estarías por aquí, buscándome, y vine a comprobarlo – dijo chulescamente –. Uno igual – dijo al camarero señalando a mi copa.

Eso sí que era que la vida me sorprendiera, eso sí que era un regalo para mi año sabático.

- ¿Yo buscándote? Espera, te explico – dije acercándome a su oído –. Acabo de llegar de trabajar dos años en Japón casi encerrado, me toca un año sabático y por eso salgo, hay que aprovechar todos los

días...

- ¿Entonces no viniste aquí por si me veías? Está bien – levantó las manos –, me voy – dijo cogiendo su copa.

La agarré del brazo para impedirlo.

- No, no te voy a dejar ir, te puedes quedar para acompañarme en una de mis noches sabáticas – dije guiñándole el ojo.
- No cariño, si quieres que te acompañe, suelta por esa boquita y reconoce que viniste a mirar si yo estaba, si no...
- Si no, te vas. ¿Eso vas a decir, no? – esa española tenía los ovarios bien puestos.
- Así mismo – hizo una mueca –, entonces, ¿a qué viniste?
- A buscarte, a buscarte – solté una carcajada por la gracia que tenía y le contesté lo que ella quería, la verdad, vamos...
- Así me gusta – me sacó la lengua y puso los ojos bizcos.

Era la perfección en persona, descarada, graciosa, arriesgada, prepotente, me ponía cachondo perdido.

- ¿Consigues todo lo que te propones, verdad? – pregunté por haberme hecho decir lo que quería escuchar.
- No siempre, pero lo intento – hizo un guiño.

- ¿Qué hace una chica como tú en Manhattan?
- Es una historia larga...
- ¿Cómo de larga? – pregunté con doble sentido.
- Tan larga que se nos iría de las manos – respondió simpáticamente y se puso a bailar, copa en mano.

La miré riendo, eso era lo que yo buscaba, una noche de sexo con un tipo de mujer como ella, me la tenía que llevar de calle como fuera.

- ¿Trabajas mañana? – pregunté acercándome a ella que no paraba de moverse.
- No, me he cogido una semana sabática – me sacó la lengua mientras yo soltaba una carcajada de esas que te duele el costado.
- ¿Es en serio que no trabajas esta semana? – pregunté frotándome las manos.
- Totalmente. ¿Me vas a invitar a algún lugar paradisiaco? – preguntó descaradamente y yo le iba a responder a la yugular.
- Había pensado en llevarte a Las Vegas, para estar jugando contigo unos días – le guiñé el ojo.
- ¿¿¿A La Vegas??? ¡Acepto! ¿Cuándo nos vamos?

Solté una carcajada.

- No me retes – me mordí el labio, ya me la imaginaba en Las Vegas, en mi cama, sexo, juego y alcohol, el corazón se me ponía a mil.
- No tendrías los cojones que tiene un español para cuando le dicen que no es capaz, hacerlo así pierda la vida – dijo desafiándome.

Agarré el móvil, me metí en la pagina de vuelos y miré uno para el día siguiente y vuelta a los siete días y premio, ya los tenía, solo confirmar y meter los datos de los dos.

- Pon tus datos, son necesarios para la emisión de billetes – dije seriamente.
- Salimos mañana y regresamos en siete días, me coincide con la semana sabática – se puso a rellenar los datos y me entregó el móvil –. Una cosa, si le das a emitir, que sepas de antemano que yo voy en todo incluido, que no pago un duro de nada, que soy pobre, vamos – dijo volviendo a ponerse a bailar y dejándome sonriendo como un gilipollas.

Puse mis datos también, antes mirando su nombre completo: Alba Rodríguez Malaspina. ¿Malaspina? Hasta su apellido lo tenía a modo advertencia.

Emití los billetes y reí viéndola bailar, como me dejara tirado, la buscaba por todo Manhattan y la mandaba de una patada a España, pensé evitando soltar una carcajada más allá de la risa floja que llevaba.

- Ya tenemos los billetes, ¿verdad? – preguntó sin dejar de moverse.
- Así es, mañana a las cuatro de la tarde volamos para la ciudad del juego.
- Nos falta el alojamiento, no me dejarás una semana durmiendo en un banco en un parque, ¿no?
- Por nada del mundo – dije aguantando la risa –, te voy a llevar a uno de los mejores hoteles de Las Vegas – guiñé un ojo.
- Qué asco ser rico, pero qué bien me lo voy a pasar a tu costa, solo falta que me lleves a lo Pretty Woman por allí – levantó la mano e hizo señas al camarero para que llenara las copas.

Era la tía más, guapa, sexy, chula, borde, descarada y peligrosamente simpática que había conocido jamás, eso me ponía extremadamente excitado, además de pasármelo bomba con su chulería.

- Claro que te llevaré a lo Pretty Woman, hacemos un trato, yo te doy, lo que dure el viaje, la vida que le dio el Richard a la Julia y tú me das las alegrías y satisfacciones que le dio la Julia a Richard en la película.
- ¿Que sea tu puta una semana? – dijo riendo a la vez afirmaba lanzando un mensaje de terror con su cara.
- ¿No quieres tú que sea yo tu cajero automático? ¿No era a lo Pretty Woman? ¿Cuál es el problema? – me crucé de brazos, esperando su

respuesta.

- Estás bueno – me miró de arriba abajo –, me puedo dar una alegría para el cuerpo y otra para mi armario, si tengo que hacerte de Julia una semana, te hago de Julia. Trato hecho – dijo como la que te decía que acepta un café.

Yo me la iba a comer de arriba abajo y de abajo a arriba, no era para menos, además de estar como un tren, era de lo más graciosa. Me iba con mi Alba a Las Vegas a ponerme las botas, eso sí que era una semana sabática.

- ¿En serio voy a ser la Julia Roberts una semana? – preguntó moviéndose sin parar.
- Así es y yo el Richard Gere – sonreí ampliamente.
- ¿Le pagas el viaje a todas las que te quieres tirar? – a mi yugular directamente.
- Joder, tú lo del romanticismo no lo conociste, ¿no? – bromeé, ni que a mi me importara una mierda, yo solo quería hacerlas disfrutar y yo desfogar mis deseos.
- ¿Romanticismo en la gran manzana? ¿A quién quieres engañar? – Alba no paraba de mover el esqueleto.

Tenía respuestas para todo, además de no cortarse ni un pelo a la hora de decir las cosas, la sutileza no era lo suyo.

Cuando tomamos la copa decidimos ir a dormir ya que al día siguiente

debíamos estar rumbo a la ciudad del juego, el taxi la dejó a ella primero, no accedió a mis bromas de venirse conmigo a mi casa, decía que el juego comenzaba en Las Vegas y hasta entonces no pensaba despeinarse, así era ella, esa que me estaba volviendo loco y que pensaba cumplir todos mis deseos en la semana más sabática de mi vida.

## Capítulo 8



Me tocaría dormir en el vuelo porque no había dormido nada la noche anterior con los nervios. ¿Y si después de todo me dejaba tirado? No, no lo creía, ella era tan loca como yo.

Después de varios cafés, llamé a un taxi y salí a buscarla con mi maleta ya en la mano. El alivio que me entró por el cuerpo al verla esperando en la calle, bajo su edificio, fue inmenso. Y una sonrisa pícaro se instaló en mi cara, pensando en todo lo que pensaba hacer con esa mujer en una semana.

Una semana para mí solo...

- Vaya, y yo que iba pensando en tener que tocar cada una de las puertas del edificio para saber dónde vives. Por si me dejabas tirado —reí.
- ¿Y perderme un viaje a Las Vegas? Qué poco me conoces —rio ella.

Estaba guapísima recién despierta, casi sin maquillar. Tampoco es que lo necesitara y eso me gustaba mucho de ella, su naturalidad.

Y lo cachondo que me ponía...

Ya los dos en el taxi, rumbo al aeropuerto, casi nos mantuvimos en silencio. Era demasiado temprano y ella de vez en cuando cerraba los ojos, señal de cansancio. Así que adiviné que le había pasado como a mí, no había dormido



mucho esa noche.

Para ser un aeropuerto internacional, pasamos los controles y embarcamos bastante rápido. Alba iba dando saltos cual niña pequeña y yo no dejaba de reír al verla. Sentados en el avión, ella al lado de la ventanilla, cogí su mano. El primer toque que había intencionado entre los dos, pero me moría de ganas de hacerlo.

- Aún no hemos llegado a Las Vegas —dijo pícaro y bromista.
- Si no quieres que te toque tampoco allí, no lo haré —le dije seriamente. Porque aunque me jodiera, aunque la deseara como a nadie, esto tenía que tenerlo claro.

Sonrió tiernamente y entrelazó sus dedos con los míos. Una sensación rara me recorrió, así que esperé a que despegáramos y se quedara dormida para soltarle la mano. Joder, tampoco era eso lo que quería.

El vuelo no fue muy largo, me entretuve leyendo y la desperté cuando aterrizamos. Su cara al salir del aeropuerto no me la podía perder, saqué mi móvil y le hice la primera de muchas fotos. Pero nada en comparación con la que puso cuando vio el hotel donde nos íbamos a alojar.

The Venetian, su nombre lo decía todo. Un poquito de esa ciudad italiana en Estados Unidos y uno de los más cotizados de toda la ciudad.

- Que pasen una feliz estancia —dijo el botones cuando nos dejó las maletas dentro de la habitación.

Le di una succulenta propina y cerré la puerta de donde esperaba pasar muy buenos ratos con esa mujer que me volvía loco.

- Pues bienvenida a Las Vegas —sonreí al mirarla.
- Oh, Dios mío... —dijo con los ojos abiertos como platos, como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta realmente de dónde estaba— ¡No me lo puedo creer! —saltó encima de la cama y comenzó a saltar y yo no tuve más remedio que estallar en carcajadas, estaba como una auténtica cabra.

Y como yo era igual, subí y comencé a saltar con ella. Caímos un rato después, los dos de espaldas, con la respiración agitada y mirando al techo.

Aquello era todo una obra de arte y lujo. En la recepción, parecía estar mirando a la mismísima Capilla Sixtina y no veía la hora de pasear por la imitación a los canales venecianos. Y la habitación era realmente espectacular, una de las suites más grandes, preparada hasta el mínimo detalle.

- ¿Sabes que siempre quise venir aquí? —preguntó entrecortadamente, la miré y ella me estaba mirando.
- ¿De verdad?
- Sí, pero bueno, es demasiado caro para mí. Pero era un sueño —sonrió.
- ¿Y por qué Las Vegas?
- No sé, por las luces, la música, aparte de que os sabéis vender —rio.

Me quedé mirándola reír y juro que mi erección se puso peor de lo que ya estaba.

Alargué mi mano, la puse en su cadera y la hice girarse un poco mientras la acercaba a mí.

- Espero que de verdad te lleves un buen recuerdo de esto —dije con voz ronca, joder, cómo me había puesto en unos segundos, viendo cómo ese pecho subía y bajaba por no poder respirar bien... Eso no sería nada para como la pondría cuando me tuviera a mí dentro.
- Tendrás que currártelo —bromeó.
- Tranquila, nadie tuvo nunca queja de mí —terminé de pegar nuestros cuerpos, iba a tirármela en ese mismo instante.
- Solo hay una cosa de mí que debes entender, John.
- Mmmm... — nuestras bocas casi unidas, su respiración alterándome — ¿Y qué es eso? —acaricié suavemente sus labios con los míos y noté cómo un escalofrío nos recorría a los dos.
- Yo no soy nadie y yo no soy como todas.

La miré rápidamente a los ojos. Mierda, no tenía que haber dicho eso. Por más que fuera solo sexo, había cosas que uno debía de decir. Ella sonrió y me dio un rápido beso en los labios. Se separó de mí y se levantó rápidamente de la cama.

- Y ahora... ¿adónde vamos a comer? Porque me muero de hambre — puso los ojos en blanco y se mordió el labio y yo tuve que reírme.
- Sus deseos son órdenes para mí.

Y ahí comenzó nuestra pequeña aventura en Las Vegas. Esa que nunca, jamás, olvidaría.

## Capítulo 9



El día se nos hizo corto. Comimos fuera y aprovechamos para dar una vuelta por el hotel. Tenía visitas pensadas para los días que íbamos a estar allí, pero ese día lo quería para conocerla un poco mejor. Y para tirármela, seguro.

- Es increíble, John, se siente como si hubiera estado en Venecia —de noche, duchados y comiendo unas pizzas en la cama, al más estilo español supuse porque un neoyorquino no haría eso en el hotel de lujo en el que estaba... normal con la cara que nos miraron las recepcionistas del hotel cuando llegamos con las cajas de las pizzas.
- ¿Estuviste allí alguna vez?
- Sí —afirmó con la cabeza, le dio un bocado a la pizza y habló con la boca llena, para qué se iba a cortar, pensé y me reí—. Estuve con una beca de estudios en Italia. Solo un año, porque la verdad, y que nadie se entere, esos espaguetis como que no me gustan mucho.
- ¿Espaguetis? —pregunté sin entender.
- Los italianos —dijo poniendo los ojos en blanco y yo solté una carcajada cuando la entendí.
- ¿Los españoles y los espaguetis no...? —dije entre risas y cogí otro trozo de pizza.

- Ah sí, nosotros sí, como hermanos todos, ya sabes, latinos... Pero a mí como que no. Me encanta el país y la gente en general, pero el tema de los hombres... Me dejó amargada —suspiró, dramática.
- Ah, sí, eso lo puedo imaginar.
- Claro, sois iguales en todos lados.
- Uy, eso me suena a odio a mi sexo —dije haciéndome el ofendido.
- No, solo sois un poco cortitos, la verdad —me sacó la lengua.
- Eso sí es verdad —reí—, algo básicos somos.
- Cuéntame de ti, John. Me dijiste que estuviste dos años en Japón.
- Sí, por trabajo.
- ¿Y cómo es aquello? Joder, cómo te envidio, Japón es mi sueño...
- ¿Pero tu sueño no era Las Vegas? —no podía parar de reír con ella.
- Sí, también. A ver si una no va a poder tener varios sueños —dijo divertida.
- No tienes remedio —me dolía la barriga de reírme, ni comer en paz me dejaba.
- Bueno, no quiero más —quitó una de las cajas de su parte de la cama y se tumbó—. Cuando quieras, ya puedes hacerme tuya —se abrió de

brazos y de piernas y yo casi me atraganto con el trozo de pizza que me estaba comiendo.

- Joder, Alba, de verdad que el romanticismo no es lo tuyo —tosí, mierda, se me había ido por mal sitio.

Comenzó a reír sin parar y supe que se estaba quedando conmigo. Terminé de quitar la comida que quedaba en la cama y me tumbé, haciéndole cosquillas y haciéndola reír un poco más.

Hasta que dejé de hacerlo y me quedé solo mirándola.

- ¿Hasta cuándo me vas a torturar? —le pregunté, porque por Dios, que me iba a quedar eunuco, me pasaba el día con una erección constante por su culpa, como no me aliviara ya, iba a tener un problema.

Y fue entonces cuando acercó su cara a la mía y me besó. Y joder, eso sí que fue un beso. Y no tardé nada en tener el control de la situación.

Me puse encima de su cuerpo y comencé a devorarla. Le tenía ganas desde hacía días y no quería perder más el tiempo en precalentamientos. Joder, llevaba desde el día uno en que la vi precalentando.

Colocado entre sus piernas, moví mis caderas para refregarme con ella. Y escucharla gemir fue el mejor sonido de todo el día.

Me mordió el labio y me hizo un poco de sangre. Y mierda, se me puso aún más dura al saber que en la cama era igual de cañera. Porque cómo me ponía eso.

No tardé nada en quitarle la camisa que se había puesto como pijama y en dejarla solo con las bragas. Y madre mía, estaba para comérsela, y yo haría eso durante una semana, pero en ese momento, esa primera vez, solo necesitaba estar dentro de ella y follármela de una vez por todas.

Me quité mi camiseta y me tumbé de nuevo sobre ella.

- No quiero esperar —le dije en su oído y mordí el lóbulo de su oreja, lamiendo su cuello después y sin dejar de mover mis caderas, deseando que la ropa interior ya no estuviera allí.
- Pues no esperes —gimió tras una de mis embestidas.

A mí no me lo tenía que decir dos veces. Me levanté y cogí un preservativo de la cartera. Me bajé el bóxer mientras ella me miraba y me lo coloqué. Ella se quitó lo que le quedaba de ropa interior y segundos después estaba entre sus piernas, entrando en ella casi sin poder respirar por la sensación.

Fue duro, sin pausa, me la follé como tanto quería hacerlo y acabamos los dos medio muertos en la cama.

- Joder... —suspiré.
- Sí que jodimos, sí... —suspiró ella.

La miré inmediatamente por lo seria que lo había dicho, pero ella tenía una expresión divertida en la cara.

Y estallé en risas, si es que no podía ser.

Reímos un largo rato hasta que se levantó, sin vergüenza ninguna. Yo aproveché para ir a deshacerme del preservativo y, cuando volví, ella estaba en la cama de nuevo, con la camisa que usaba de pijama puesta, sentada como si fuera una india y con la caja de pizza encima de sus piernas.

- El sexo me da un hambre que ni te imaginas —dijo con la boca medio llena.

Salté a la cama y caí al lado de ella. Le quité el trozo que se estaba comiendo y le di un bocado antes de devolvérselo.

- A mí también —le aseguré y ella sonrió.

Pusimos algo en la tele, una película de esas antiguas en blanco y negro en la que ni se hablaba, como las de Chaplin, y nos quedamos medio tumbados hasta



que nos terminamos toda la pizza.

No podíamos ni movernos, habíamos comido como cerdos. Pero después de haber follado como lo hicimos, no iba a quejarme.

Se acercó un poco a mí y la hice colocarse sobre mi pecho.

Algo raro, pero... sí, ella sí podía dormir así.

## Capítulo 10



Era bipolar, en serio. Fui yo quien quiso que se durmiera sobre mi pecho y amanecimos así por la mañana. Su pierna sobre mi cuerpo, yo abrazándola y ella completamente acurrucada sobre mi cuerpo.

Y me entró un acojone impresionante.

Me levanté y tomé una ducha. Cuando salí, ya ella había abierto los ojos.

— Buenos días —le dije, serio.

— Buenos días —ronroneó.

Y mierda, ya con eso me había puesto duro de nuevo al recordar sus gemidos de la noche anterior.

— ¿Dormiste bien? —pregunté.

— Sí... ¿Qué vamos a hacer hoy?

— Vístete, salimos en un rato, ya verás dónde.

Sonrió ampliamente y yo me mantuve serio. Me miró extrañada y joder, no sabía por qué estaba actuando así, todo eso había sido idea mía, pero a la mierda, estaba acojonado.

No mucho después, ya los dos listos, salimos con rumbo a la parte antigua de la ciudad, tenía que conocer la calle Fremont. Aunque era mejor verla de noche, la verdad es que yo a esas horas prefería hacer otras cosas...

Aquello era impresionante, de día o de noche y si ella quería ir de compras, no había mejor sitio para hacerlo.

- ¿Preparada para sentirte como Julia? —le pregunté, intentando dejar un poco de lado mi malhumor.
- ¡Sí! —chilló.

La gente la miró y yo no tuve más remedio que reírme.

- Pues vamos a ello —la agarré de la mano y jalé de ella. Y comenzó lo que iba a ser una tortura para mí, irme de compras con una mujer.
- No, ese no... —una hora después y aún sin haber comprado nada, seguía sentando en la primera tienda en la que entramos.
- ¿Por qué no? —preguntó frunciendo el ceño.
- Porque no te favorece —hostias, no tenía que darle más explicaciones.
- ¿Pero eso qué Pretty woman es? —puso las manos en sus caderas y me miró con ganas de asesinarme. Sí, sabía que me estaba pasando, pero me había despertado así y tampoco entendía por qué.
- Pues si quieres eso, te doy la tarjeta de crédito y te vienes tú sola —me encogí de hombros.
- ¿Sabes qué? No, no es mi estilo. Ni tú tampoco, que eres gilipollas.

Entró en el probador refunfuñando y yo suspiré.

Sin pensármelo, entré con ella.

— ¿Pero qué haces? —estaba medio desvestida ya.

— Lo siento, solo me levanté de mal humor.

— ¿Hice algo mal?

— No, no —negué rápidamente—, yo tampoco sé por qué —medio mentí, porque una idea tenía—. Pero se me pasará. No te queda mal, de verdad. Además, es lo que te guste a ti. Llévate lo que quieras.

— Lo que no quiero es llevarme malos recuerdos de Las Vegas, John. Si tienes un problema conmigo, me lo dices y ya. No tenemos ningún compromiso.

Y una mierda que no. Íbamos a pasar una semana juntos, íbamos a follar cada día, siempre que quisiera y le iba a dar las vacaciones de su vida.

Y la quería en ese momento, tal vez así se me iba el mal humor.

Cogí su cara entre las manos y la besé.

— John... ¿Pero qué te pasa? —preguntó entre mis labios.

— Nada, solo quiero follarte.

Joder, porque ya estaba más que excitado. Volví a besarla y a quitarle de una vez ese jodido vestido que no me dejaba verla desnuda.

— Maldita mierda —dije mientras lo terminaba de quitar.

Una risita salió de ella y yo no resoplé.

— No podemos hacerlo aquí —gimió, me había sentado en el taburete que había en el probador y le estaba bajando las bragas.

— Anda que no...

Saqué mi erección y la hice sentarse sobre mí cuando me puse el condón. Ambos gemimos en silencio, no teníamos ganas de salir de allí esposados. Y la follé como la noche anterior, sin parar, sin controlarme. Me mordió el hombro cuando llegó al orgasmo y joder, casi me hace chillar de placer. Terminamos sudando, pero mi humor había mejorado un poco.

— Ahora sí, puedes llevarte el vestido —dije bromeando.

Se llevó más de un vestido, al final el día a lo pretty woman no salió nada mal...

Todos los días hacíamos algo, visitábamos lo famoso de la ciudad y yo estuve bien con ella. Tenía momentos en que me agobiaba, me sentía extraño y era como si la necesidad de abrazarla o de hacer algo que no solía hacer con las mujeres me echara para atrás, poniendo barreras que me hacían ser un gilipollas de primera.

Pero en general, la cosa entre nosotros fue bien. Volví a ser como era con ella y de eso ella tenía mucha culpa, porque siempre me hacía reír y sus pullas y su forma de ser era para divertirse sin más remedio.

Los días se pasaron rápido. Habíamos visto absolutamente todo lo que las Vegas ofrecía. Pero hubo momentos en los que pensé que volvía solo a

Manhattan porque ella estaba como una jodida cabra.

El día que visitamos las Fuentes del Bellagio, no sé cómo no se abrió la cabeza.

- Alba, para, no puedes subirte ahí —le dije yo cuando la vi con la intención de subirse y meterse en la fuente.
- ¿Por qué no? —preguntó extrañada.
- Pues... no sé, porque está prohibido, es un monumento. Ven aquí que al final nos detienen y nos deportan, te veo en España en menos de lo que canta un gallo.
- Pero no entiendo por qué no —me dijo cabezota.
- Joder, es que no tienes que entenderlo. Solo no te metas. ¿O es que en España tenéis la costumbre de meteros dentro de las fuentes? — pregunté irónicamente.
- Pues la verdad es que sí. Cuando en el fútbol ganamos algo, ya sabes... —dijo pensativa— Y la verdad es que no entiendo por qué —rio.

No, ni ella ni nadie, eso no había quien lo entendiera.

- Bueno, pues aquí te comportas como una norteamericana, deja el ser esp...
- Pero soy Julia Roberts —me cortó, me sacó la lengua y corrió hasta la fuente.

— Mierda —dije cuando la vi saltar y caer dentro.

Me entró de todo por el cuerpo, esa se me había desnucado, seguro. Y yo iría a la cárcel porque... Joder, seguro que encontraban una razón para que lo hiciera.

Llegué y en ese momento ella salió del agua, de la fuente y completamente empapada y muerta de la risa.

— Te voy a matar —gruñí al verla.

— ¡Oigan!

Los dos miramos a quien nos chilló y era un guarda de seguridad.

— Joder —gruñí y la cogí de la mano para salir corriendo de allí. Ella chorreando en agua, que casi se me mata dos veces por las caídas y yo con ganas de asesinarla.

Cuando nos vieron entrar en el hotel... mejor ni explicarlo.

Me la follé en la habitación, fuerte, sin piedad, por lo mal que me lo había hecho pasar. Y ella... volvió a quedarse dormida sobre mi pecho.

Pero ese no fue el único momento en el que casi me vuelvo solo a Manhattan.

Otro día, se le metió en los ovarios visitar la casa de empeño. ¿Qué casa de empeño?, le había preguntado yo. Pues la de la tele, ¿es que no ves la tele? Pues la verdad es que no sé que habría visto ella en España, pero yo no solía ver esas cosas. Además, la programación era diferente. Pero claro, a ella se le había antojado visitar la famosa casa de empeño de Las Vegas. Entró allí y se

puso a gritar cual loca. Chillando ¡soy tu fan!

Supongo que los trabajadores estarían acostumbrados, pero yo en ese momento no sabía si empeñarla a ella o directamente venderla por lo que me ofrecieran. Aunque creo que solo me ofrecerían salir del local de la mano de los seguratas...

Al final, cuando salimos de allí y vi su cara emocionada por haber conocido a sus ídolos, no tuve más remedio que reírme a carcajadas. Si es que estaba como una cabra.

Y otro momento para no olvidar... Yo recuerdo la primera vez que visité el Gran Cañón. Iba todo el tiempo con la boca abierta, alucinando por lo que estaba viendo.

No se podía ir a Las Vegas sin visitarlo, así que planeé esa excursión para el último día que pasaríamos allí.

Si lo llego a saber, no lo hago. Porque estuve a punto de dejarla allí en medio, en el olvido. Dios mío, la que me dio...

- Ni de coña paso por ahí... —habíamos llegado y había una especie de puente medio en el aire por donde caminar y hacer unas fotos impresionantes.
- Pero tienes que hacerlo, si no... ¿Te vas a perder lo mejor?
- ¿Lo mejor? ¿Estar al borde de la muerte es lo mejor? —la pobre parecía asustada, pero yo insistí.
- ¿Te da miedo? —pregunté sin querer meterme con ella ni mucho



menos.

Pero noté que algo cambiaba en su cara y sí, cabezota era.

— Mis ovarios miedo.

Empezó a caminar por el puente despacio, con la cabeza levantada y noté cómo le temblaban las piernas.

Joder, tenía miedo a las alturas, seguro y por yo picarla iba a pasar un mal rato.

— Alba, venga, déjalo, tampoco es tan grave...

— Que te den, no vuelvas a llamarme cobarde.

Había pasado una cuarta parte del puente, donde ya se veía que eso estaba en el aire, cuando empezó a llorar. Y dios, ni dejaba de llorar ni yo era capaz de moverla de allí. Estuve todo el tiempo entre la pena, la culpa y las ganas de asesinarla.

Cuando conseguí moverla, a la mierda la excursión del Gran Cañón, más valía que volviéramos al hotel y nos relajáramos los dos.

Y ahí estábamos, en el hotel donde habíamos pasado una semana de sexo increíble. Ella en la habitación, sola.

Y yo en el bar tomándome un whisky y debatiéndome entre mi sensación de querer ahorcarla por sacarme de mis casillas y el agobio que me había entrado porque esa noche se acabaría todo. Por la mañana volveríamos a casa y ya nuestra aventura se habría acabado.

Es como tenía que ser, me debía sentir feliz por ello porque era lo que quería y, sin embargo, lo que menos me sentía era bien.

# Capítulo 11



Le di un sorbo al whisky y me giré en el taburete en el que estaba sentado. Miré un poco, estaba lleno de parejas y de mujeres solas. ¿Es que no había ni una fea? Por mi lado pasó una chica morena, con un pelo largo increíble y unas curvas para poner cardíaco a cualquier hombre. Me sonrió y se sentó en el taburete de al lado. Me la iba a comer con la mirada.

— ¿Solo? —preguntó con voz sensual.

— Sí, está solo...

Miré al frente cuando Alba habló. Estaba allí, vestida con un vestido que le quedaba de maravilla y me había quedado sin aliento al verla. Joder...

Y con cara de querer matarme. Bebí de mi copa de nuevo y enarqué las cejas. Mirándola. La chica de al lado carraspeó y los dos la miramos.

— Buenas noches —dijo Alba y se dio la vuelta, marchándose de allí y yo no fui capaz de moverme.

— ¿Es algo tuyo? —preguntó la morena.

— No —dije rápidamente.

Me quedé un momento allí hasta ver cómo desaparecía su imagen de mi vista. Yo había ido con ella, sí, pero no era ningún compromiso. Así que...

Maldije.

Me levanté y me marché, olvidándome de la morena y llegué a la habitación. Alba estaba de pie, mirando por el ventanal.

— Estás preciosa con ese vestido —me puse a su lado y la miré.

Estaba seria, mirando al frente.

— Gracias —dijo intentando sonreír.

— Alba yo...

— No, no digas nada. Yo siento si te fastidié la compañía para esta noche. Pero puedes volver con ella, estoy bien.

— No quiero volver con ella, vine contigo y quiero estar contigo.

— John... Esto es lo que es, no armemos un drama.

— Pensé que estabas enfadada.

— ¿Yo? —me miró y sonrió— Pues no.

— Es nuestra última noche aquí y fui a buscarte para cenar contigo. Me sentí mal por si interrumpí, solo eso.

No la creía en absoluto. Y yo tampoco hubiera hecho nada con la morena, la

verdad. Pero sí sentía que las cosas a Alba y a mí se nos estaban yendo un poco de las manos. Quizás demasiados días juntos.

— A mí lo que menos me apetece es cenar —la acerqué a mi cuerpo y besé su cuello.

Sentí el escalofrío que recorrió su cuerpo y no dejé de tocarla. La besé mientras la despojaba de ese vestido que tan bien le quedaba y me la llevé a la cama. Tumbada boca arriba, comencé a besar su cuerpo: el cuello, sus pechos, mordéndolos mientras ella se arqueaba, pidiéndome más. Los lamí para calmar un poco la sensación y con mis manos acaricié sus piernas, su vientre, hasta que llegué a su sexo. Estaba mojada, preparada para mí y gruñí al sentirla así. No pude esperar mucho para entrar en ella. Pero esa vez no sentía la necesidad de hacerlo con prisas. Lo hice despacio, disfrutando de sus gestos mientras la follaba. Bebiéndome sus gemidos y sintiendo cada pulgada de su cuerpo unido al mío.

El orgasmo le llegó, haciéndola temblar y la besé para callar el gemido que salía de su garganta, provocando que yo gimiera al terminar y acabara sobre su cuerpo completamente agotado.

Me quité de encima y miré al techo, intentando coger aire.

— Cuando vine a este país, vine con miedo —empezó a decir. Me callé, no quería interrumpirla y tampoco sabía por qué me contaba eso ahora—. Vine por amor —confesó—. Acababa de terminar mi carrera de turismo y me enamoré de un chico que conocí en Mallorca cuando estaba de vacaciones con unas amigas. Unos meses después, me lie la manta en la cabeza y como en España no encontraba trabajo, me vine con él.

- ¿Y qué pasó?
- ¿Además de que a mis padres y a mi hermano mayor casi les da un infarto? —rio— Pues nada. Ya te lo puedes imaginar. No resultó ser el hombre que yo creía y terminamos. Pero yo llevaba aquí unos meses, había conseguido un trabajo, donde ya sabes y no quería irme. Ya tenía experiencia en estar fuera cuando me dieron la beca para Italia, pero nada que ver. Seguía siendo como si fuera mi país. Esto es un mundo distinto.  
De todas formas lo quise intentar y estaré aquí el tiempo que dure mi contrato.
- ¿Y entonces volverás a tu país?
- Supongo que sí. No hay nada que me ate aquí y, además, ya viví la experiencia que quería. Y estuvo bien —me miró y sonrió.
- Sí, estuvo bien —recordé.
- John...

No. No sabía lo que me iba a decir, pero tampoco era necesario. Lo habíamos pasado muy bien y nuestra aventura llegaba a su fin. Nos habíamos contado confidencias, me había sacado de quicio y había sido un viaje para recordar. Sobre todo por lo que nos habíamos reído.

Me levanté de la cama y volví a ponerme la ropa.

- ¿No cenarás conmigo? —preguntó.

- No... Cena tú, yo necesito tomar un poco el aire, tengo que hacer unas llamadas.
- Entiendo...

Me salí de la habitación y me fui del hotel. Caminé un poco y entré en un pub cercano.

Me apetecía beber y, por primera vez, me apetecía irme a casa.

Cuando llegué a la habitación, ella ya dormía. Me acosté y suspiré. Tenía que dejar la tontería a un lado. El viaje se había acabado. Las cosas entre nosotros habían ido bien y ya volveríamos a la normalidad. Ella a su vida, yo a mi año sabático y a disfrutar de las mujeres y quizás, de vez en cuando, repetir con ella.

Pero poco más.

Y no sabía por qué esa idea no me terminaba de gustar.

Nos levantamos a la mañana siguiente y los dos íbamos en silencio. Y así estuvimos todo el viaje, casi sin hablarnos. Cuando la dejé en su casa, me sonrió y me dio las gracias por lo que habíamos vivido.

- Te veré por el bar —dijo ella.
- Sí, ya nos veremos por ahí —le guiñé el ojo y me monté en el taxi para irme.

Llegué a mi casa y solté todo. Me di una ducha y me senté en el sofá con un vaso de whisky, era mi momento de relax.

Cogí el teléfono y llamé a Enzo. A ellos les dije lo del viaje y no había hablado con ellos en todos esos días.

— Hombre, hasta que das señales de vida —dijo mi amigo.

— ¿Estás solo?

— No, en el coche con Brian, está el manos libres.

— Mejor, así no lo cuento dos veces.

— ¿Qué pasa, seductor? —rio Brian.

— Todo bien, hemos pasado unos buenos días. ¿Cómo estáis todos?

— Bien. Pero eres tú el que no suena así —dijo Enzo.

— No sé, será tu percepción... —tampoco es que me sintiera tan mal, vamos.

— Escupe —dijo Brian—. ¿Algo mal con la chica?

— No, no. Lo hemos pasado del carajo...

— Os habéis hartado de follar... —rio Brian.

— Eso también —reí—. Y ya está, nos hemos reído, ha sido una semana para recordar y listo.



- Entiendo... — dijo Enzo y pasaron unos segundos de silencio.
- ¿Qué entiendes? —pregunté cuando no hablaban.
- Cómo te sientes...
- Me siento bien, solo cansado por el viaje.
- Bueno, si tú lo dices... —dijo Brian.
- Chicos, no os he llamado para analizar una de mis escapadas, solo para saber de vosotros. Llamadme y quedamos, tengo ganas de ver a las niñas y a los bebés.
- Claro... Pero ¿de verdad estás bien? —preguntó Enzo con retintín.
- Que sí, hostias – reí—. Avísame y cenamos, me voy a descansar un rato.

Colgué la llamada y suspiré. Estaba bien, ¿no? ¿Entonces por qué ni yo me lo creía?

A la mierda, era cansancio por el viaje. Ya se me pasaría. Mi año sabático solo acababa de comenzar y yo lo iba a seguir disfrutando como hasta el momento.

Me bebí la copa y leí algunos de los emails que tenía. Llamé a mis padres para saber también de ellos y me pasé lo que quedaba de día de relax hasta caer completamente agotado en la cama.

Al día siguiente volvería a estar bien, descansado, en condiciones para seguir con mi año sabático y para descansar todo lo que deseara.

Porque me merecía ese descanso.

## Capítulo 12



El sol picaba a través del cristal, maldije las cortinas que no quedaron bien cerradas, así que me levanté y a la ducha, nuevo día, nueva vida y a continuar con mi año sabático.

Fui a desayunar, sí a la cafetería donde Alba y allí estaba, me senté en la terraza y esperé a que me viera para atender.

- Buenos días, John ¿Lo mismo de siempre?
- Buenos días, no, no quiero lo mismo de siempre, fíjate, hoy quiero dos espresso y dos tostadas. – dije seriamente.
- Entendido – dijo viendo mi cara de poca simpatía y marchándose.

No sabia que me pasaba, pero no podía evitar actuar así, no me aguantaba ni yo, como para aguantar a nadie.

- Aquí tienes, espero que te sienta bien y te cambie la cara de gilipollas que tienes – dijo bordemente marchándose.

Lo que me había dicho...

¿Qué se creía? ¿Tenía que ser amable? ¿No era solo una semana sabática?

En ese momento aparecieron Enzo y Brian.

— Sabíamos que te encontraríamos aquí – dijo Brian sentándose.

Los miré con cara de asesino.

— Ni una broma – levanté las manos en advertencia.

— Pero hermano ¿Qué te pasa? – volvió a hablar Brian.

— Qué manía todo el mundo hoy ¿Tengo que tener cara de payaso para teneros contentos?

— Buenos días ¿Qué les pongo? – dijo Alba para atenderlos.

— Dos cafés solos, por favor – dijo Enzo

— Ahora mismo...

— ¿Tío esa es tu cara ante ella después de pasar una semana en Las Vegas? – dijo Enzo

— ¿Qué quieres que me la folle aquí mismo?

— ¿Pero os a pasado algo? – preguntó preocupado Enzo

— Sí que decidimos vivir una semana loca y nada mas ¿Dónde está el problema?

— ¿Pero porque actúas así con tanta indiferencia? – volvió a preguntar.

— Porque se acabó, pasó lo pactado y sigo a mi año sabático – dije mordiendo la tostada.

- ¿Pero tuvisteis alguna bronca? – Enzo preguntaba preocupado.
- No, simplemente que es una más y ya.
- Uy, eso me da a mi que está... — Brian lo mataba.
- ¿Estoy qué, listo?
- Ya, parad ya – dijo Enzo enfadado – y tú John habla claro, pues si no pasó nada y os la pasasteis bien, no te reprocho que solo fuera sexo, pero ella no se merece ese trato.
- ¿Me vas a decir cómo actuar?
- Te voy a decir que no me hace ni pizca de gracia que trates a una mujer con esa indiferencia, una sonrisa no cuesta nada, pero me da a mí que tu lo que estás es confundido – dijo enfadado.
- ¿Confundido? Este lo que está es enamorado hasta las trancas – rio Brian diciéndolo.
- Más tonto y no follas – dije con cara de desprecio.
- Parad ya, escúchame John, las chicas han preparado una comida en el jardín, vamos a comer todos allí, están deseando verte.

Recordé que se habían trasladado ya a la casa nueva con jardín que habían comprado en una urbanización exclusiva.

- Vale Enzo, iré...
- Claro que iré – dije con el semblante serio, no podía evitarlo.
- Puedes llevarla – dijo Brian señalando a Alba.

Claro, ahora mismo se lo digo.

- Alba, cuando puedas – dije levantando la mano y haciéndola venir.
- Dime Richard – dijo chulescamente.

La cara de Enzo y Brian era un poema.

- Julia, que estos dos – señalé a mis amigos – nos han invitado a ti y a mí a comer a casa de este – señalé a Enzo – que están haciendo un succulento almuerzo en su jardín.
- Vale Richard, salgo a las doce, puedes venir a recogerme, vamos de shopping, luego te la chupo un momento y ya luego vamos a comer – sonrió y se fue.
- ¿Qué te la va a chupar? – preguntó Brian riendo y Enzo tenía una cara de estar alucinando sin entender nada.
- Tranquilos, que la llevo – dije sonriendo.
- No lo veo yo muy claro – Brian seguía picándome.
- Bueno, te veo en casa, nos tenemos que ir – dijo levantándose y

guiñándome el ojo Enzo.

— Adiós, Richard – bromeó Brian.

Esa iba a venir sí o sí, un día más después de haber pasado una semana juntos  
¿Qué más da?

Le pedí la cuenta con señas y me la trajo.

— A las doce vengo para irnos de tiendas – dije dejando el dinero sobre la mesa y marchándome.

— No soy ninguna puta – dijo enfurecida.

— Yo no dije eso – dije en tono tranquilo.

— Eres bipolar tío – dijo pasando la tarjeta por la máquina.

— A las doce estoy aquí.

— No, no vengas, no voy contigo ni a la esquina, eres un estúpido, un engreído y un gilipollas – dijo marchándose para adentro.

Y tu una tonta que te lo pierdes, vamos esta se piensa que es la única mujer, como si Manhattan no tuviera una a cada paso, te lo pierdes por tonta. No paraba de decir cosas mentalmente ¿Pero que se había creído?

Fui a unos grandes almacenes a comprar dos libros, tenía ganas de leer algo de suspense, tras salir de ahí me di cuenta de que ya eran casi las doce, así que fui a la cafetería a esperarla, esta no se me iba a escapar hoy, no porque no iba

a permitir que una mocosa me diga que no de esa manera.

¿Me estaba volviendo bipolar? Ah no, eso eran todos que me querían volver locos.

Me apoye sobre la farola y cuando la vi salir me acerqué a ella.

— ¿Nos vamos?

— ¡Estás loco, John!

— ¿Y que hice ahora?

— ¿Pero en serio no te das cuenta de que ni tú sabes lo que quieres? Cuando te aclares vienes y me lo dices – dijo andando.

— Quiero que vengas a comer con nosotros – me puse a seguirla.

— ¿Para luego tratarme con indiferencia? ¡Qué te follen! – sacó su maldito dedo para atrás que era donde yo estaba.

— No, no quiero que me follen, quiero que vayamos a comer, nos han invitado.

— Yo no los conozco, no tienen por qué invitarme – continuó andando deprisa.

— Vale, me comporté como un gilipollas – la aguanté del brazo y soltó enfadada.

— Dime que quieres ¡pero aclárate! No soy ningún juguete.



- Lo sé, ven a comer, por favor.
  
- Mira John, te cogí mucho cariño, no te pido que tengas un compromiso conmigo, nada serio, nada de responsabilidad, pero al menos que cuando quieras estar a mi lado, no me trates con esa indiferencia.
  
- Te lo prometo, perdóname.
  
- Está bien, es la última vez que te lo aviso.
  
- Vale – dije poniendo cara de tonto.
  
- Dame un abrazo, tonto.

Y nos abrazamos en medio de Manhattan, no sabía para que, pero olía de miedo, me atraía todo de ella, me ponía a mil.

Paré un taxi y le dije que nos llevará a la dirección donde vivía Enzo, ella iba con una sonrisa, pero con ganas de matarme, no paraba de negar con la cabeza.

## Capítulo 13



Llegamos a casa de Enzo y todos nos miraron con cara de asombro, no la esperaban para nada.

Hice las presentaciones oficiales, todos seguían con cara de haber visto al fantasma de la ópera, yo reía sin que me viera Alba, advirtiéndole a mis amigos de que era el puto amo.

Las chicas se pusieron a charlar copa en mano a un lado, nosotros de otro, por supuesto Brian tenía la curiosidad de saber cómo lo conseguí.

- ¿Cómo lo hiciste Richard? – preguntó bromeando Brian.
- Uno que es irresistible – respondí chulescamente.
- Que morro tienes, que le dirías a la pobre chica para convencerla.
- La tengo en el bote – moví la copa de vino.
- Creo que...
- Enzo no lo digas – dije señalándolo.
- Es obvio – dijo sin cortarse Brian.
- Mira tío, que tu estés enamorado hasta las trancas, no es motivo para

que yo también lo esté – hice una mueca.

- No, lo tuyo no es estar enamorado hasta las trancas, no, lo tuyo es hacer creer que no lo estás...
- ¡Paso de ti, Brian!

Miré a Alba que sostenía en brazo a uno de los bebés, un escalofrío recorrió mi cuerpo, menos mal que ya vino la chica del servicio y se llevo para adentro a los dos para que estuvieran más tranquilos, si llegan a estar mucho rato más en brazos de ella, me da un jamacuco.

- ¿Te la imaginas no? – dijo el cabrón de Brian viendo como la miré sosteniendo al bebé.
- Me la imagino yo dándole mi biberón – dije señalándome a entre las piernas.
- No cambias tío, pero te veo haciéndolo a marchas forzadas – negó sonriendo Enzo.
- Brian es el culpable, va al cuello, no para de provocarme...
- Sí claro, la culpa de tus males es mía...
- Eres tonto pero tonto – dije resoplando mientras veía como las chicas venían hacia nosotros.
- Tenéis unos bebés preciosos – dijo Alba mirando a los padres.
- Demasiado bonitos para lo feo que son – dije sonriendo.

- Oye ¿Qué te hicieron estos dos? Que yo no me entere que me los cargo – dijo Lili.
- Nada, nada ¿verdad John? – Brian la iba a liar a este paso.
- Verdad, verdad – dije levantando la copa.
- Es un amor de niña – dijo Emma tocando el pelo de Alba.
- Sí que lo es – continuó Lili — ¿Así que la llevaste a Las Vegas y no nos invitaste a tu mini familia no?
- Fue algo imprevisto – dije intentado quedar bien.
- Ya, ya – Brian estaba buscándome de nuevo.
- Bueno hay solución, John tiene un año sabático, podemos preparar una escapada todos – dijo Lili emocionada.
- Ella tiene que trabajar, agotó su semana – dije intentando quitar esa idea.
- Ah no, puedo pedirme otra semana, lo único que no me la pagaran – sonrió descaradamente.
- Vamos Enzo, necesitamos relax, tenemos con quien dejar al bebé y ellos también, no nos vendrá mal unos 4 días por ahí – dijo Emma a modo súplica.
- Por mi de acuerdo ¿A dónde os apetece? – dijo Enzo mirándome

como diciendo que no podía negarse.

- Pero son muy chicos para dejarlos solos – dije intentando quitar la idea.
- No pasa nada por cuatro días, están en buenas manos y nosotros también necesitamos disfrutar y hacer vida de pareja – protestó Lili.
- En eso tienes razón, cariño...

Yo los mataba...

- Bueno ya lo preparamos tranquilos – dije para cambiar de tema.
- Ah no mijo, lo decidimos ahora, no me pierdo yo el volver a desconectar unos días, con copa en mano, en una playa ¡Coño! Un poco de caribe que lo tenemos cerca, sol, playa, alcohol, fiesta y relax – dijo Lili
- Pues sí, podríamos pasar 4 días en un todo incluido en México, República Dominicana, Jamaica... cualquiera de esos sitios – dijo Enzo.
- Me pido Jamaica, que ahí hay lo que fumaba Bob Marley – dijo Lili tocando las palmas.
- Vamos lo que te faltaba era darle a la hierba – dijo Brian negando con la cabeza.
- Bueno pues donde sea, pero nos tenemos que ir – exigió Lili.

- Por mi donde queráis – Alba recalcó sus ganas.
- Pues mañana miro algo y os digo – afirmó Enzo, el encargado de preparar esos temas.

Alba me miraba con cara de niña dulce y de deseos, lo podía notar, me daban ganas devorarla ahí mismo y la verdad que me apetecía irme con todos a alguna playa a vivir unos días locos, pero no quería que nadie pensara e imaginara que yo quería ir más allá de una diversión y perderme en las sabanas con Alba. ¡Estaban locos si lo pensaban!

Un escalofrío apareció por mi cuerpo y me serví otra copa de vino.

- ¿Entonces a dónde nos vamos? – insistió Lili ante la risa de Emma y Alba.
- Venga chicas, poneros de acuerdo y decidir ustedes – dijo Enzo.
- Yo quiero playa, cócteles, tumbona, sol, agua, pato, conejo, burro, perro...
- ¡Para! – exclamó Brian a su mujer muerto de risa.
- ¿Pero qué te pasa a ti? ¿No puedo dejar volar mi imaginación?
- Pues por poco terminas cambiando el Caribe por el zoológico... — puso los ojos en blanco.

Todos soltamos unas carcajadas.

- ¿Qué tal las Bahamas? – sugirió Emma.
- Prefiero Jamaica – guiño el ojo y hizo gesto de fumar Lili.
- Jamaica suena genial – dijo Alba ante mi asombro.
- ¿Tú también quieres fumar de eso de la risa? – pregunté intrigado.
- ¿Y por qué no? – dijo descaradamente.
- Pues tienes razón, yo también voto por Jamaica – dije mientras todos reían negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco.
- Dios nos coja confesados – dije persignándose Brian.
- Os recuerdo que tenéis hijos y debéis volver... – dijo Enzo sonriendo.
- Mira, yo no tengo ese problema, ya me lo fumo yo por las tres – sonrió picarona Alba.
- Bueno ¿Cuándo queréis salir? – Enzo cogió su móvil para entrar en la página.
- Yo cuando digáis, en la cafetería tengo quién me sustituya. Solo tengo que llamar. – dijo enseñando los dientes.
- Nosotras estamos en el periódico de excedencia renovable cada año hasta que ya nos den una pensión – soltó Lili.
- Desde luego ¡Bruta eres! Nosotras en dos meses volvemos, me niego a quedar en casa de maruja, con lo bien que lo pasábamos

desayunando juntas, luego salir de currar e irnos a comer y luego de compras... Vamos por los pelos te llevo de vuelta – dijo Emma.

- Mi hijo me necesita a su lado hasta los dieciocho años, que también podemos ir de compras con los carritos, total están todo el día durmiendo.
- Lili, no me busques – dijo Emma señalándole con el dedo y riendo.
- Ya encontré los vuelos a Montego Bay – dijo Enzo.
- ¿Pero no nos íbamos a Jamaica mijo?
- Lili, Montego Bay está en Jamaica y hay un aeropuerto – rio Enzo.
- Cógelo, cógelo – dijo Lili descojonada.
- ¿Pero para pasado mañana? – preguntó Enzo.
- ¡Sí! — dijeron las tres sincronizadamente.
- Cualquiera las deja aquí – solté alucinando.

Enzo comenzó a pedir datos y listo, vuelos cogidos.

- El hotel lo miro ya luego tranquilo, algo en la mejor playa y zona – Enzo como siempre con gesto interesante.
- Os recuerdo que mi presupuesto es más humilde – dijo Alba sacando los dientes y encogiendo el rostro.



- Tranquila te lo paga aquél energúmeno – dijo Brian señalándome.
- Por supuesto que se lo pago, pero este viaje lo invitó Enzo – dije poniendo la mano en el pecho en agradecimiento y aguantando la risa.
- Ah no, yo por la cara de nuevo yo, más que nada porque paso de hacer la Julia de nuevo – Alba estaba achispada y a mi me hacia mucha gracia de nuevo, o sería la calenturea que me había entrado de imaginarme con ella unos días en el caribe.
- Tranquila – levante mi mano – Pide una habitación con dos camas, Enzo, no vaya a ser que la española se crea que voy al caribe a chingar – bromeé.
- Poder puedes ir a chingar, como tú dices, debe de haber muchas jamaicanas deseosa de coger a un blanquito – me guiñó el ojo.
- ¿Me estas diciendo que no vas a caer en mis redes? – me puse a hacer el papel de interesante.
- ¿Yo en las redes de un bipolar? No, una y no más ¡Santo Tomas!
- ¿Quién es Tomas y donde lo conociste? – tenía ganas de buscarle la lengua, los demás estaban descojonados.
- A ti te lo voy a decir... — respondió chulescamente.
- Desde luego que con ese carácter no conquistas las Américas – negué

siguiendo haciendo el papel.

- Por eso estás babeando – sonrió después de haber dicho eso, lo peor que podría haber dicho.

Brian se volvió para reírse, Enzo se puso las manos en la cabeza a forma de decir que la habían liado con ese comentario, Emma y Lili comenzaron a aplaudirle y decirle que muy bien dicho.

- Yo babeando ¿No? Veremos quien babea más – dije señalándola con el dedo que aguantaba mi copa de vino.
- Temblando estoy – me hizo un guiño.
- Parad, parad, que nos vamos a Jamaica – recordó Lili.

Comimos y seguimos con las puyas, me estaba provocando, estuvimos hasta caer la noche, me despedí de todos hasta dos días después que nos iríamos unos días al caribe.

El taxi dejó primero a Alba, que se bajo riendo, como lo hizo todo el camino, a mi se me caía la baba, pero no le dije que se viniera conmigo, ahora íbamos a jugar a ver quien caía antes, le dije que ya la recogía ese día para irnos al viaje, si no la veía mañana en la cafetería.

No me la podía quitar de la cabeza, me costó coger el sueño.

Por la mañana me levanté, me duche, no dejaba de pensar en ella y como buen caradura me fui a donde ella a desayunar.

- Buenos días ¿Me echaste de menos? ¿Qué te pongo?
- Caliente, me pones caliente, pero fuera de eso, un café de los míos y tostadas – le guiñé el ojo – Buenos días – sonreí irónicamente.
- Te veo rendido a mis pies – dijo entrando a por el pedido.

Eso era verdad, pero fuera de eso, nada más.

Me ponía a mil, pero no, no iba a caer, iba a venir ella, eso lo tenía claro, tenía que quedar claro que lo mío era sexual, no emocional, que estaban todos muy equivocaditos.

- Aquí tienes, que tenga buen provecho el señorito – dijo sonriendo falsamente, estaba buscona.
- Lo tendré – le guiñé el ojo provocándola.
- Te falta un buen polvo – dijo marchándose chulescamente y moviendo la cabeza hacia los lados ligeramente.

Me encantaba, su espontaneidad, desparpajo...

Desayuné y me despedí de ella.

- Mañana te recojo, fea —. Dije sonriendo.
- Fea jajaja tira para adelante ¡cuerpo! – dijo dándome con la servilleta.

Me pase el día preparando la maleta, tomando unas cervezas en mi casa, pensando e imaginándome con ella en esa isla, me ponía malo solo de pensarlo.

## Capítulo 14



Recogí a Alba que estaba sentada de nuevo en la puerta de su casa, metió las maletas en el taxi que me encontraba y nos fuimos al aeropuerto a dar el encuentro a la mini familia.

- ¿Nerviosa? – dije en flojito sentado junto a ella en el sillón de atrás.
- Nervioso deberías de estar tu – dijo chulescamente.
- ¿Y eso? – puse cara de sorprendido.
- Por tenerme frente a ti y no poderme tocar – dijo acercándose a mi oído para que el taxista no se enterara.
- ¿Segura?
- Segurísima – guiñó su ojo.
- Lo vas a pasar muy mal – advertí sonriendo irónicamente.
- Lo veremos...
- Pues lo veremos – volví a ampliar más aún mi sonrisa.

Llegamos al aeropuerto y sacamos las maletas, llamé a Enzo y nos dijo en que

mostrador estaban esperándonos.

Las chicas saludaron a Alba efusivamente y se pusieron a saltar.

— Mujeres – dijo negando con la cabeza Brian.

Enzo y yo nos reímos por la cara de Brian mirando a las tres.

Dejamos las maletas facturadas, nos dieron la tarjeta de embarque y entramos para la zona de embarque.

Pasamos por delante de una tienda de moda, Enzo jaló del brazo a Emma viendo sus intenciones.

— Vamos a llegar tarde cariño – le dijo frenándola.

— Desde luego que poco generoso – dijo bordemente en plan broma.

— Sí, tendrás el morro de acusarme de eso – decía mientras la hacia caminar hacia la puerta de embarque.

Alba y Lili iban muertas de risa.

— Escucha Brian – dijo Lili señalándolo con el dedo – a mi en Jamaica me tienes que comprar algún trapillo para estrenar – dijo en todo advertencia.

— Mira cariño te recuerdo que tu maleta va con todo lleno de etiquetas, que ayer fuiste a comprar todo para estrenarlo ¿Te parece poco? – la sonrió con mala leche.

- Poquísimo, este bombón caribeño se merece mucho más – dijo mientras movía su cuerpo sensualmente.
- Yo le daré en la habitación del hotel a ese cuerpo todo lo que necesite y más – contestó guiñándole el ojo y desviando la conversación a otro tema.
- Ah no mijo, a mí me das lo que me merezco en trapitos, esos que me ponen tan contenta – decía mientras entregaba a la azafata la tarjeta para embarcar y todos rompíamos de risa.
- ¿Turista? – dijo Emma comprobando que nada de primera clase.
- Son muy pocas horas de vuelo ¿Para que pagar una primera clase y dejar ahí mucho dinero? – dijo Enzo sacando su parte más cuidadosa con la economía, aunque no era nada tacaño, todo lo contrario, muy generoso, pero cosas como estas él las veía innecesarias.
- Estás perdiendo puntos – dijo acomodándose en la fila de las chicas.
- Claro, mi vida, ya los volveré a recuperar – sonrió mientras se sentaba con nosotros.

Eran de tras en tres, en la parte de ventanilla, así que ellas juntas y nosotros también.

Enzo puso los ojos en blanco por las cosas de su mujer, pero en el fondo babeaba como un niño pequeño, le iba a durar la tortolera toda su vida a este paso.

- No tengo yo muy claro el ir a ese destino, con la que liaron estas dos en Cayo Coco, cualquiera se fía en Jamaica y con Alba añadida – dijo Brian.
- Calla, que lo he pensado y mucho – Enzo se mordió el labio mirando al cielo persignándose.
- Yo me lo estoy viendo venir ya, y esa – señale con el dedo para atrás por Alba – no se calla una y es difícil de controlar – dije advirtiendo – pero ustedes lo habéis querido – me encogí de hombros.
- A mí no echarme el marrón – dijo Brian levantando las manos.
- Vamos a llevarlo lo mejor que podamos, hemos venido a pasarlo bien ¡Hagámoslo! – exclamó Enzo.

Tres horas y media después de escuchar a las chicas como cotorras, dormir a ratos y charlar con mis amigos, aterrizamos en Montego Bay.

- Calor caribeña ¡Bienvenida! – gritó Lili.
- ¡Dios! Que humedad – continuó Alba.
- ¡Que ricura! – exclamo Emma.

Nos miramos los tres, Enzo no paraba de persignarse y Brian aguantaba la risa, yo me imaginaba lo que quedaba por llegar.



Cogimos las maletas y fuera nos esperaba una minivans para llevarnos al hotel.

- Wow – dijo Alba cuando entramos al resort y el coche se paró ante el lobby del hotel.
- ¡Qué rico lo vamos a pasar! – gritó Lili.
- De aquí salen trillizos – dijo Emma señalando a ella y las chicas.
- Ah no, conmigo no contar – dijo saliendo del coche Alba como loca.
- No digas esas cosas – protesté mirando a Emma cuando Alba no escuchaba – me entró hasta salpullidos – dije rascándome el cuello ante la risa de todos.
- Anda dale, que tu estás hasta las trancas de enamorado – dijo Lili.

Le lancé una mirada que por poco me la cargo ¡Enamorado! Ni que yo fuera el Enzo o Brian.

Hicimos el registro mientras nos recibían coctel en mano, luego un chico botones nos llevó a las tres bungalós que estaban contiguos, preciosos y gigantes, nos cambiamos y salimos directos al restaurant del resort a comer.

- Dios que de comida – dijo Alba mirando todo como loca – no sé qué coger – se le hacia la boca agua mientras hablaba.
- Un poco de todo – dijo Emma apoyándose en el hombro.

Comimos como burros, Enzo ya amenazaba con irse a correr y Emma lo miraba con advertencia de que ni de coña, las vacaciones estaban para disfrutarlas.

De allí nos fuimos a la playa, donde nos pedimos una ronda de cervezas y nos tiramos en una hamacas espectaculares, las chicas se sentaron las tres en la misma, se podían acostar y todo que cabían perfectamente, se tiraron selfis y comenzaron a cantar a ritmo de la música que provenía del chiringo.

Enzo había ido de nuevo a pedir y volvió con 6 chupitos de Tequila.

- Hermano tu no aprendes – dijo Brian haciendo señas por las chicas.
- Vamos a divertirnos, de aquí a la cama quien no pueda más – respondió.

A las chicas le faltó tiempo para coger los tequilas, ponerse la sal y el limón y tragarlos a ritmo de para arriba, abajo, al centro y para dentro.

Un camarero vino a advertirnos que en la mesa que había junto a las hamacas, había un botón y servía para llamarlos a ellos, sin necesidad de movernos.

- Pues aprovecho y ya le pido seis de estos más – dijo Lili señalando a los chupitos de tequila.
- Ahora mismo...

Alba, llevaba un biquini en color blanco que le quedaba espectacular, ya me estaba poniendo palote solo de mirarla, pero ella estaba jugando a pasar de mí y me advirtió que no me permitiría tocarla, no quería estar esos días a manolas, no era justo, no lo iba a permitir, me la volvería a llevar de calle o

me tiraría a la primera que se me pusiera a tiro en el resort, reí mientras lo pensaba.

Pues eso, chupitos, cervezas, baños, relax, botón para llamar al camarero cada diez minutos, vida, eso era vida, las niñas estaban ya bailando en la arena, la playa era una estampa para la vista, los chicos estaban de lo más animados, prometimos no cortar el punto a las chicas y dejarlas a su aire hasta que no pudieran más.

Alba quería que fuera con ella al agua, casi no podía hablar, tenía la risa floja, estaba con un chispazo brutal y yo muerto de risa al verlo, pues graciosa era un montón.

Había tenido que levantarla de la hamaca por la que me estaba dando. La jalé y casi se me cae de boca con la borrachera que llevaba encima, no podía ni mantenerse en pie.

La iba a ahogar...

— Ay, John, más despacio.

¿Despacio? Si hubiéramos ido a la velocidad que yo quería, esa estaba dentro del agua ya.

— ¿Adónde me llevas? —cada vez arrastraba más las palabras.

— A mojarte, a ver si se te va la borrachera – como si ella no me lo hubiera pedido y, gracias a dios, ya mis pies tocaron la orilla.

— ¿Ahí? —chilló— Ni de coña, ¿no ves las olas?

— ¿Qué olas si está en calma? A ver si estás más borracha de lo que creo y también tienes alucinaciones —resoplé.

Olas, aquel mar caribeño era un plato de aguas cristalinas.

Se quedó parada y jalé de ella, pero no dejaba de negar con la cabeza y joder, con lo bebida que estaba me debería de haber costado menos moverla, pero tenía fuerza.

Al final hice lo que tenía que haber hecho de un principio: cogerla y ponerla sobre mis hombros. No dejaba de chillar y golpearme la espalda, pero a mí me daba igual, solo esperaba que no me vomitara encima con tanto meneo.

Ya en el agua, la solté diciendo “Ahogadilla va”. Salió escupiendo agua y tosiendo. Esperé con los brazos cruzados a que me mirara y, cuando lo hizo, puse los ojos en blanco con sus insultos.

- Imbécil, ¡casi muero ahogada! —joder, no era exagerada— Esta me la pagas —tosió otra vez—. Gilipollas —y escupió agua.
- Vale, cuando quieras —me acerqué a ella y le quité el pelo mojado que tenía pegado en la cara—. Mírame, ¿estás mejor?
- Idiota...
- Sí, eso también lo soy. Pero te hartaste de beber.
- Y tú —me acusó.
- Pero no me afecta igual.

Terminé de ponerle el pelo medio bien y la cogí por la cintura, pegándola a mí. Entrelazó las piernas alrededor de mi cintura y yo me agaché un poco para cubrir nuestros cuerpos, moviéndome lentamente hacia dentro, hasta que toqué el fondo con el pie estando completamente erguido.

Ella se había abrazado a mi cuello y tenía su cara enterrada ahí.

- Te odio —dijo.
- Vale —reí. Si me odiaba por eso, me odiaría muchas veces entonces.
- Porque eres idiota.
- Sí.
- Ummm... —movió su culo moviéndose sensualmente— Pero también te deseo.
- Me alegro... Pero aquí no —le paré la mano cuando iba a tocarme. No iba a hacerlo allí que no podían ver todos.
- Vamos, John.
- No —le agarré la mano de nuevo, pero ella no dejaba de moverse y joder, yo desde el primer movimiento ya estaba más que erecto.
- Pero ella sí quiere —me lamió la oreja y la mordió, lo que faltaba para que mi erección se endureciera más aún.
- Ella siempre quiere follarte, pero nos vamos a la cama y lo hacemos allí.

Sacó la cabeza del hueco de mi cuello y me miró con el ceño fruncido.

- Eres un aburrido.
- Oh, por dios —suspiré.
- Te deseo aquí, ahora. ¿Es que nunca lo has hecho dentro del agua?

Sí que lo había hecho, pero era más joven. Y que no, joder, no me daba la gana de follármela allí. En la intimidad lo que quisiera. Allí, que no y punto.

Pero a ella lo que yo dijera le daba igual. No dejó de moverse, cada vez refregándose más y yo iba a perder el control de mi cuerpo.

- Estate quieta —quise sonar duro, pero me salió como un gemido y yo sabía que ella ya se había dado cuenta de que tenía el control de la situación.

Cuando bajó la mano de nuevo, la dejé. Solo que me toque un poco, pensé. Una vez, dos... Y a la tercera estaba perdido. Busqué su boca y la besé.

- Alba, por favor, vamos a la habitación...
- Aquí — española cabezota.

La agarró con la mano y la sacó del bañador. Intentaba resistirme, pero no me lo estaba poniendo fácil. Y yo era algo débil con ella en ese tema, para qué mentir.

No sé cómo se las ingenió, tanto me había nublado ya los sentidos que cuando me quise dar cuenta, estaba en la entrada de su vagina.

- No...
- ¡Oh, sí! —dijo ella metiéndosela dentro entera.

A la mierda, sin protección ni nada. Pues tocaba la marcha atrás.

- No te muevas tanto, te van a ver.
- Oh, vamos, John, como si ellos no lo hicieran. O no supieran lo que estamos haciendo me vean moverme o no.

Si podía tener toda la razón del mundo, pero que no. La agarré por las nalgas y me agaché un poco más, al menos así se notaría menos.

Se movía lentamente. Me besaba a ratos, me mordí el cuello y era lo más excitante que había hecho en la vida, todo por la adrenalina de ser vistos.

— Oh mierda —gimió y yo supe que iba a tener el orgasmo pronto.

No me equivoqué. Dos movimientos más y me abrazó con más fuerza, esa vez mordiéndome el hombro. La levanté un poco para salir de ella y me toqué con la mano para poder eyacular.

A la mierda, en el agua, si alguien no se dio cuenta, tal vez lo haría dentro de poco.

— John...

— Sí, que te gustó, lo sé, pero no lo haremos más.

— No es eso...

— ¿Qué pasa? —pregunté al escuchar su voz.

— Creo que voy a vomitar.

Oh, mierda, lo que me faltaba. Pues nada, al menos estábamos en el agua, pensé. La separé un poco de mí, la giré, la apoyé contra mi cuerpo, su espalda pegada a mi pecho y la cabeza en mi hombro, para atrás.

— Tranquila, en un rato estarás mejor.

Y a esperar que se le pasara un poco la borrachera.

La dejé a la sombra de una de las hamacas y se durmió un rato, yo me puse a

charlar con los demás bromeando un rato, Lili y Emma se unieron a nosotros.

- Al menos duerme bien follada – dijo Lili mirándola ante mi asombro.
- ¿Qué dices? – pregunté descojonado.
- Ah no, que ellos solo se abrazaron en el agua – respondió irónica.
- Desde luego que mal pensadas son mis cuñadas – mentí a pesar de que no me iban a creer.
- Nos dijo cuñadas, ya va soltándose – bromeó Emma tocando el botón para que volviera a venir el camarero.

Y Alba escuchó al camarero y se levantó de su coma...

- A mí también otra cerveza – dijo con la cara de no poder con su alma.
- ¿Por qué no tomas mejor una coca cola que te levantará un poco? – dijo Enzo cuando el camarero se apartó.
- Nooo – comenzó a mover su dedo negando – de eso nada, yo estoy bien – dijo echándose el pelo hacia atrás de la oreja.
- Ya vemos – solté con una carcajada.
- A mí no me hables, que me has hecho de todo allí – dijo señalando al agua ante la risa de todos y la cara de Lili afirmando que tenía al final razón – que tengo memoria – dijo levantándose y viniendo a sentarse a nuestro lado.



- ¿La culpa mía no? – dije con ganas de lanzarla hasta el agua.
- Schhh que hasta que no me tome la cerveza no se me va la resaca – dijo graciosamente.
- No tienes remedio, resaca te voy a dar yo – dije con cara de quererla matar, pero sonriendo, ya que me provocaba eso, una sonrisa.

El camarero vino a ofrecernos el traernos una mariscada como cena, el sol había empezado a caer e iban a poner parrilladas con marisco.

- ¡Sí! – grito Alba.

Todos nos miramos riendo.

- Pues sí – dijo al camarero Enzo en aprobación de la decisión de Alba.

Allí cenamos frente al mar, pasamos a los vino, Alba no paraba de comer como una energúmena, estaban todos muerto de risa con ella, la verdad que le habían cogido mucho cariño, un rato después nos fuimos a dormir todos estábamos agotados del viaje y la intensidad del día.

Alba se duchó y cayó en redonda, sobre mí, mandándome a callar, sin poder con su alma.



## Capítulo 15



Despertó temprano con dolor de cabeza y resaca, le di dos capsulas de pastilla que eran manos de santo y le dije que se volviera a acostar otro rato.

Me preparé un café de la máquina que había en el bungalow, la miraba mientras intentaba recuperarse de ese despertar tan catastróficamente resacoso.

Me gustaba, mucho, me ponía a mil mirarla y me provocaba una sonrisa, era la que más veces había conseguido arrastrarme a su lado, pero ya está, después de estos días, cada uno por su lado y tan amigos.

¿O no? Eso me producía un sentimiento de pena en mi interior ¿Qué cojones me estaba pasando? ¿Era esto una epidemia? Primero Enzo, luego Brian y ahora... ¡No! Ni de coña.

Me di una ducha esperando que se me pasara esa idea de la cabeza, tenía que desconectar de aquella bochornosa idea que rondaba en mi cabeza, imaginarla conmigo toda una vida, creando una familia ¡No! ¡Para! Eso me estaba poniendo de muy mal humor.

Un rato después estando yo sentado en el porche del bungaló apareció Alba de lo más cariñosa.

- Esas pastillas eran mano de santo, me siento nueva – dijo sentándoseme en mi falda.

- Me alegro – dije secamente.
- ¿Qué te pasa?
- Nada.
- Venga John ¡Te conozco!
- Pues no me pasa nada – dije enfadado.
- ¿Te sentó mal mi borrachera de ayer?
- No...
- ¿Te molesto?
- No...
- ¿Pues que cojones te pasa? – dijo levantándose enfadada.
- No se a que viene esto, ni que fuéramos pareja – dije como carajote, luchando contra mí mismo.
- ¡Eres bipolar! Tranquilo, ni rozarte más nunca – dijo entrando enfadada y haciéndose un café.
- ¡No veas como te has levantado! – chillé desde fuera
- Qué morro tienes, chaval – dijo apareciendo con el café y sentándose al lado.

- Encima, no te dije nada malo....
- ¿Tu forma borde no es nada malo? ¡Ni que fuéramos pareja! ¿Eso te parece normal? Solo tuve un acto cariño ¡Qué te den!
- Era una broma...
- ¿Broma? ¿Con esa cara de sargento jubilado? ¿Broma? Paso de ti, en serio, no sabes ni lo que quieres y me vas a volver loca, nadie te obligó a llevarme a la comida de tus amigos y a venir aquí, así que aclárate y luego me hablas.
- Qué mal te sienta beber – dije sin otro argumento mejor, en el fondo me daba temor a que tuviera razón.

En esos momento llegaron los cuatro mosqueteros en nuestro encuentro, nos fuimos con ello a desayunar, las chicas iban delante, sabia que Alba le estaba contando la movida que había tenido conmigo minutos antes y yo... Bueno yo, evitaba las preguntas malintencionadas de Brian, poniendo una cara de pocos amigos.

El desayuno lo pasamos charlando sobre tonterías, evitando hacer bromas, las chicas estaban al tanto por Alba y los chicos me habían visto mi cara de no tener ganas ni de la más mínima tontería.

De ahí nos fuimos a la playa, como no, Lili empezó con el botoncito para pedir una ronda de piñas coladas, esta vez nada de cervezas.

Alba se fue mientras la traían al agua a darse un baño, no me hablaba, ni yo a

ella, había tensión palpable, los chicos no bromeaban lo más mínimo.

Las chicas unos minutos después viendo que Alba no venía fueron a bañarse con ellas, las vi hablando y algo me dijo que ella estaba llorando, por su gesto, sus manos por la cara y hablando con tanta pena.

- ¿Qué estas haciendo John? – preguntó Enzo mirando a Alba de lejos con esa tristeza.
- ¿Qué estoy haciendo de qué?
- No te hagas el tonto hermano, creo de todo corazón que te estás equivocando.
- Yo también pienso igual – irrumpió Brian.
- ¿Pero que os pasa?
- Qué te pasa a ti, es la pregunta – Enzo hablaba sin bromear lo más mínimo.

Resoplé y me llevé las manos al pelo echándolo hacia atrás.

- Vale, tenéis razón, me estoy volviendo loco, creo que me he enamorado, pero no quiero, lo siento, pero no... — dije cogiendo aire y soltándolos con todas las fuerzas.
- ¿Qué no quieres qué? – preguntó Enzo.
- Nada formal, quiero disfrutar de mi año sabático – dije tristemente y

convencido de ello.

- ¿Y perder al que puede ser el amor de tu vida? – irrumpió Brian.
- ¿Pero qué dices tío? No te pases hombre...
- ¿No me pase? Somos tus amigos y queremos lo mejor para ti, como la pierdas vas a saber lo que es un año sabático, sabáticamente dramático...
- ¿Perder? Estáis llevando esto a un extremo muy grande ya. Paso, no tendré más nada que ella para que esto se me pase en un pispas y continuar mis planes.
- ¿De vividor folla todo? ¿Esos son tus planes? ¿Eso te hace más feliz que ella? Déjame decirte, pero eso es de imbéciles, no es tan malo sentir amor y sentirse amado y compartir una vida al lado de la mujer que te hace sacar las mejor de tus sonrisas.
- Para Brian, que no voy a entrar por ahí, estáis llevándolo a un extremo que no tiene que ver con la realidad.

Las chicas aparecieron, Lili cantaba para disimular y Emma repartía las piñas coladas a sus amigas.

Alba ni me miraba, como si no existiera, se pasó toda la mañana poniendo las mejores de sus sonrisas y pasando de mí, al principio no me molestaba, pero luego eso me iba doliendo en el alma.

Salimos del resort a comer a un restaurante que nos habían recomendado en un

lugar muy bonito, en otra playa.

Estábamos riendo mucho con Lili y Brian que no paraban de lanzarse puyas, pero a lo gracioso, los dos congeniaban muy bien y se toleraban y seguían las bromas.

Alba seguía sin mirarme, tras la comida se fue a un balancín que había en la arena, coctel en mano y se sentó a mirar al mar.

Un rato después cuando miré estaba de pie charlando animadamente con dos turistas, me entró de todo por el cuerpo.

— Esos dos quieren cobrar en dólares – dije enfadado.

— ¿Eso se llama celos? – preguntó Brian.

— Eso se llama que no son nadie para acercarse a ella, no la conocen – dije mirando con mucha rabia.

— Has conseguido que ella tome una decisión, te lo cuento en confianza, pero se vuelve a España tal como regrese de este viaje.

— ¡Pues allí tiene el aeropuerto! – dije chulescamente, pero en el fondo me había entrado de todo.

¿Se iba a España? ¿Tanto dolor le había provocado? ¿Estaría enamorada de mí?

— Te vas a arrepentir mijo – dijo con tono triste Lili.

— La que se va es ella, yo no me voy a ningún sitio – dije mirando cada



vez más sofocado a los dos gilipollas aquellos.

- Deja de mirar, mírame a mí, John, sigue a tu corazón – dijo Emma.
- Mi corazón está bien como está – miraba a los dos tipos eso, me estaba subiendo la sangre al cerebro.

Un rato después vino Alba y volvimos al hotel, donde pasamos el resto del día por el resort tomando copas y charlando de todo, menos entre Alba y yo, seguíamos como dos auténticos desconocidos.

Como los dos días siguientes, intentándolo pasar bien con el grupo, pero sin hablarnos, cuando íbamos a dormir igual, silencio absoluto en la habitación y poco más.

Ella incluso se emborrachó el día anterior, nos reímos mucho, yo incluido que se me caía la baba, pero sin hablarnos, quería luchar por seguir con mis sueños a pesar de saber que la vida me había puesto una persona especial en mi camino, pero yo no quería renunciar a mi año sabático.

Al llegar a New York, ella se fue en el taxi con ellos, no quiso venir conmigo, así que nos despedimos todos en el aeropuerto y regresé a mi casa, sabía que tenía que comenzar a quitármela de la cabeza.

## Capítulo 16



Los primero días apenas salí de mi casa, estaba agotado psicológicamente, apenas cogía el teléfono a mis amigos, le pedía cuando lo hacia que no me tocaran el tema.

Estaba tocado y hundido, pero quería olvidarme ya de todo.

Enzo se coló en mi casa esa mañana, cinco días después de que hubiéramos regresado de Jamaica.

— No, no está bien lo que estás haciendo – dijo entrando enfadado – No es justo, ella se ha ido a España destrozada, daba pena verla.

Eso me sentó como un jarro de agua fría.

— ¿Se fue ya?

— Si, vino a despedirse ¡Estas loco! ¿Cómo lo has permitido?

— No me ataba a ella nada, solo éramos amigo con derecho a roce... — dije intentando que pareciera que no le daba tanta importancia como a él.

— No me lo puedo creer, te creía más valiente... — decía muy enfadado.

— Si has venido a leerme la cartilla como a un quinceañero, puedes irte

y nos vemos otro día.

- ¡No te reconozco! – dijo marchándose dando un golpe fuerte con la puerta.

Se había ido a España... ¡Maldita sea! Estampé un jarrón que traje de un viaje contra el suelo y me tiré en el sofá a llorar como un niño que no encuentra a su madre.

¿Qué había hecho? ¿Cómo me había cargado lo que podía ser una historia preciosa entre los dos? ¡Mierda!

Pasé el día andando por toda la casa, nervioso, maldiciendo todo, ahogándome de saber que estaba a tantos miles de kilómetros de mí.

Un día, dos, tres, ya no podía más aguantar ese encierro, el móvil apagado desde que Enzo salió días anteriores por la puerta enfadado.

Me fui a casa de Enzo, llamé a la puerta y me abrió Emma, al verme la cara se asustó y me hizo pasar al jardín donde estaba Enzo.

Cuando me vio aparecer me miró con cara de enfado.

- No digáis nada – dije a él y su mujer – escuchadme – necesito que me acompañéis a España, voy a ir a pedirle que se case conmigo.
- ¿De verdad? – preguntó Emma incrédula.
- ¿Cuándo podemos irnos? Os necesito, por favor – dije derramando las primera lagrimas y Enzo se levantó a abrazarme.

- Vamos a apoyarte – dijo emocionado y se giro y hablo a Emma – llama a Brian y a Lili, dile que salimos mañana para España.
- Ahora mismo – dijo tocando las palmas emocionadas.
- Gracias, hermano – dije con el nudo que apretaba mi garganta.
- La quieres mucho ¿verdad que teníamos razón?
- Toda la razón del mundo – dije tristemente – no se vivir sin ella...
- Vamos a buscarla, las chicas tienen como localizarla y le daremos una gran sorpresa.
- Dicen que preparan las maletas que por supuesto se vienen – dijo Emma tras hablar con ellos.
- Gracias – dije rompiendo a llorar como un niño.
- No es una tragedia unir tu vida a alguien que te saca una sonrisa y alegra la vida – dijo Emma abrazándome.
- Lo imagino, pero soy un cobarde egoísta y le hice mucho daño...
- Muchísimo, la vi destrozada y decirme cuanto te amaba, pero ahora puedes paliar todo ese dolor y hacerla sentir la mujer más feliz del mundo.
- Ojalá me perdone...
- Seguro que sí – dijo Enzo abrazándome también.

Pasé un rato con ellos y fui a preparar las maletas, me acosté temprano, pero me levanté mil veces a fumar, estaba de los nervios, me jugaba todo a una, me jugaba el saber si la tendría o no para siempre...

Solo a mí se me ocurriría montarme en un avión con esos cuatro.

Por dios, iban a acabar con mi poca paciencia. Mira que duraba bastantes horas el vuelo, lo más normal era dormirse porque, además, volamos de noche. Pues no, las dos víboras no habían parado de hablar.

Y se quedaron dormidas a media hora del aterrizaje.

- ¿No habéis pensado nunca en comprarles unos bozales? No sé, para no escucharlas un rato —les dije a mis amigos cuando sabía que no me oían.
- Pues prepárate para la que te queda a ti si te perdona —Brian se descojonaba y yo en parte me imaginaba que eso sería así.
- Bueno, me dará igual —suspiré—, pero que se case conmigo.
- El día de la boda querrá huir, que te lo digo yo —dijo Enzo a Brian.

Los dos se reían y yo la verdad es que me estaba temiendo eso, porque conociéndome, me entraría el acojone de mi vida. Pero... ahí estaba, a punto de aterrizar en España. Para decirle que la quería, que me perdonara y que se casara conmigo.

El avión aterrizó y las víboras seguían durmiendo. Ya estaba casi todo el

mundo bajando de allí y ellas roncando.

- Pero que... — como iba en el asiento de delante, me cambié hasta la fila de atrás de donde se encontraban y me agaché un poco, cogí aire y— ¡Que nos estrellamos!

Y se despertaron. Chillando histéricas, pero lo hicieron. Me tuve que sentar agarrándome la barriga por reírme y me daba igual la cantidad de improperios que me soltaban esas dos y las miradas asesinas de mis amigos, yo me lo estaba pasando pipa.

Y unos minutos después, íbamos en dos taxis para el hotel donde íbamos a quedarnos.

- Solo tenéis cinco minutos para vestiros —les advertí—. No quiero llegar tarde.
- ¿Pero llegar a tarde a qué, corazón? Si no te está esperando — Emma puso los ojos en blanco.
- Pero sé dónde está, es lo mismo —le aclaré.
- Eso gracias a mí, mijo, que lo mío me costó sonsacarle su agenda. No para que me lo pagues así —dijo mirándome malamente.

Las ignoré, aún tenía secuelas del vuelo que me habían dado, no se me olvidaría en la vida y anoté mentalmente que jamás en la vida volaría con ellas si duraba más de una hora que era lo que podía soportar una sesión de chismes.

Nos fuimos a las habitaciones, entré en la mía, abrí la maleta, saqué una muda de ropa y me di una ducha rápida. En menos de diez minutos estaba

esperándolos abajo. Veinte minutos y seguían sin aparecer...

Veinticinco...

Iba a ir a buscarlos a la media hora cuando aparecieron cuales parejas felices, de la mano, tan tranquilos, paseando.

- Por dios, ¿pero es que no os importa mi felicidad?

Los hice aligerarse y nos montamos de nuevo en dos taxis. Otra vez con mis amigos y ellas sola, ni de coña me sentaba en otro sitio cerrado con ellas. Y menos aún con lo nervioso que estaba. A ese paso tendría una úlcera.

Pero me moría de ganas por verla. Las cosas entre nosotros acabaron mal y yo no podía ni quería vivir ya sin ella. Así que después de que Liliana estuviera unos días intentando sonsacarle información, sin contar la que seguro que esa loca me ocultaba porque me decía: es que no ha dicho nada, y eso no había quien se lo creyera porque conociendo a Alba, me habría puesto de vuelta y media, pues me enteré de que esa noche jugaba su equipo de fútbol y se me ocurrió la manera perfecta de ir a por ella.

Apenas había tenido tiempo de organizar todo, pero esperaba que saliera bien.

Miré el reloj, el partido ya estaba a punto de terminar. Su padre nos hizo de gancho, lo sabía todo, y sería él quien se encargaría de llevarla hasta donde le pedí. Solo esperaba que pudiera hacerlo porque si no...

Nos bajamos del taxi y esperamos un rato. Por allí no se veía un alma, pero tenía que confiar en que pronto vería a gente cuando abandonaran el estadio que no estaba demasiado lejos de allí.

Y eso pasó diez minutos después.

- Vosotros, esconderos —les hice señas a todos y me puse donde debía.
- ¿Y dónde cree el hombre inteligente que podemos escondernos aquí? —preguntó Emma, todavía odiándome.
- Por mí como si os metéis debajo de un coche, ¡pero fuera!

Me iba a matar por cómo me miró, pero me daba igual. Desaparecieron de mi vista y eso era lo importante.

Poco después la vi, la podría reconocer a kilómetros de distancia. Cuanto más cerca se encontraba, más nervioso me ponía y rezaba porque no tardara mucho porque iba a pillar un buen resfriado si no me movía.

El momento en que me vio fue cuando me miró por segunda vez, con los ojos abiertos como platos y se quedó parada. Su padre le dijo algo al oído y ella negó con la cabeza, hasta que él, dándole en la espalda, la animó a acercarse a mí.

- Alba... —sonreí cuando la tuve cerca.
- John... ¿Qué haces aquí?
- ¿Me acompañas?

Yo entendía que la propuesta no era muy normal a nadie, incluso a ella la pilló por sorpresa, pero si no lo hacía, no me saldría igual la sorpresa. Le ofrecí la mano y tras dudar un poco, puso la suya encima y la ayudé a entrar dentro de la fuente, conmigo.

- Estás loco —no salía de su asombro—. ¿Qué haces aquí?



- Vine a por ti.
- Pero...
- No digas nada —no solté su mano y me acerqué un poco más a ella—. Te quiero, Alba, estoy enamorado de ti. Fui un idiota, me merezco que me odies por no haber luchado por nosotros, te dejé marchar... Pero aquí estoy, pidiéndote perdón porque estoy jodidamente enamorado de ti.
- John...
- No, por favor, déjame terminar —y ese era mi momento, iba a congelarme las pelotas también. Me puse de rodillas, el agua me empapaba casi completamente, pero a la mierda—. Sé que no merezco que me perdones, sé que no merezco nada, pero estoy siendo sincero. Y sé que solo eres tú la mujer que quiero en mi vida. Arriesgándome a un no... ¿Quieres casarte conmigo?
- ¡Di que sí! ¡Vamos!

Resoplé, si es que no podían esperarse a que terminara. Alba miró a un lado y vio a las dos locas pegando saltos y gritando que me diera el sí y rio mientras las lágrimas comenzaban a salir de sus ojos.

- No puedo creer que estés haciendo esto. No sabes lo que estás haciendo.
- La verdad es que no —reconocí—. Y no te aseguro que ese día no quiera huir por el miedo, pero sé bien lo que quiero, Alba. Y es a ti. En mi vida, para siempre.

- Oh, dios mío...
- ¿Puedes no tardar en contestar que se me van a congelar las pelotas? —intenté bromear, pero estaba asustándome de verdad.
- Con una condición —dijo.
- La que quieras —accedí rápidamente.

Y esperé y esperé temiendo lo que iba a pedirme.

- La boda a mi gusto —me guiñó un ojo.

El alivio que me entró en ese momento no lo puede saber nadie. Le puse el anillo en el dedo y me levanté rápidamente para hacer lo que deseaba desde el momento en que la vi.

La besé como si nunca lo hubiera hecho, sintiéndome el hombre más feliz del mundo y, en parte, también un poco asustado. No sabía si podría hacerla feliz, pero lo intentaría cada día.

- ¡Sí! ¡Olé!

El grito de Emma me llegó hasta los más hondo del cerebro, dejé libres los labios de Alba y miré a mi lado.

- ¿No sabéis lo que es un momento íntimo? —pregunté cuando los vi a los cinco, mi futuro suegro incluido, dentro de la fuente.

Alba rio a carcajadas y yo tuve que seguirla, no sin después volver a besarla de nuevo.

Sería mi esposa y estaba deseando que eso ocurriera.

Igual que el miedo ya se apoderaba de mí.

# BODA

Ponerse la soga al cuello. Había aprendido esa expresión y hasta ese momento no le había encontrado sentido.

Pero en ese instante como para no hacerlo. Joder... Que me iba a casar.

Estaba en el hotel en el que me hospedaba con mis mejores amigos y las dos víboras de sus esposas. Que pronto iban a ser tres porque se uniría la mía... Madre mía... Alba estaba en casa de sus padres y la noche anterior quise verla, pero los metiches de mis amigos me lo prohibieron. Casi literalmente, les faltó atarme con la tontería del novio no ve a la novia antes de la boda.

Ni que yo fuera idiota, eso lo sabía, pero antes de la boda no significaba la noche anterior, ¿no? Que me había acostado con una erección impresionante. Me tuve que aliviar solo y fue una mierda.

— Joder, John, ¿todavía no estás vestido?

Miré a Enzo y Brian cuando entraron en la habitación. Sin llamar. La noche anterior también me habían quitado la tarjeta con la tontería de no poder ver a mi chica.

— Es temprano —dije.

Ni siquiera sabía la hora que era, solo que a mí iba a darme algo.

— Salimos de aquí en diez minutos, tú sabrás si quieres ser el primer novio que muere en el altar por llegar más tarde que la novia — resopló Enzo. Brian reía, pero aún no había hablado y miedo me daba eso, ya me soltaría alguna de las suyas.

— En el altar...

Miré de nuevo por la ventana y me pregunté si la caída desde un tercer piso me dejaría ileso o con problemas mentales peores de los que ya tenía desde que nací.

— Si te caes, te matas —rio Brian, adivinando mis pensamientos.

— A ver, John, todavía estás a tiempo de no hacer esto.

Miré a Enzo con cara de ¿estás loco? No iba a “no hacerlo”.

— ¿Pero qué dices?

— Estás acojonado y me da miedo que salgas corriendo en el momento del Sí quiero —se encogió de hombros, con cara seria, cuando yo sabía de más que se estaba riendo de mí.

— No sé de qué estáis hablando, solo no quería arrugar el traje —mentí.

Me levanté de la silla en la que me encontraba sentado y me acerqué a la cama, donde tenía el traje que iba a usar preparado. Suspiré, ya no se podía atrasar el momento.

Y suspiré de nuevo porque joder, yo la quería, era solo que...

Me iba a casar, ¿pero en qué lío me había metido?

Me había hecho esa misma pregunta como veinte veces en el camino del hotel a la Iglesia. Sí, porque ahí me encontraba. Yo... En una Iglesia...

Pero había venido a España a conseguir eso, así que tanta película para algo que yo mismo había pedido a gritos para volver junto a ella, para estar para siempre, como mi pequeña familia.

— Respira...

Miré a Enzo y resoplé.

— ¿Me dejáis en paz? —pregunté en plural, los tenía a los dos a mi lado, acompañándome en el altar.

— No —dijeron.

Puse los ojos en blanco.

— Está bien...

— Sí, estás bien nervioso —rio Brian—. Deja la piernecita...

— ¿Qué le pasa a mi pierna?

— Que pronto nos sales bailando cual bailaor' flamenco —esa vez fue Enzo quien se rio.

Suspiré e intenté quedarme quieto, pero yo ni cuenta me había dado de que movía nada. Pero estar tranquilo en un momento así, no era tarea fácil. Al final iba a salir corriendo porque joder, que yo la quería y mucho, pero ¿a eso habíamos llegado? Estaba acojonado.

No teníamos que haber llegado a eso. Podíamos haber vivido juntos y ya, ¿no? O no sé, solo una boda civil, no era necesario todo eso. Pero yo me lo había buscado... ¡Lo pedí!

En ese momento, sonó la marcha nupcial y miré a la entrada de la Iglesia. Y allí estaban las dos víboras entrando con una sonrisa de oreja a oreja. Esas dos a las que no maté de milagro porque en el fondo, aunque la que habían montado era pequeña... Se habían encargado de ayudar a Alba en todo y yo

pude estar como cualquier novio, sin decir nada y diciendo a todo que sí.

Y apareció ella, la mujer que me había vuelto loco, la que había puesto mi mundo patas arriba, aquella que había conseguido que yo estuviera a punto de dar el paso más importante de mi vida.

Y me dieron ganas de llorar...

Estaba preciosa, y cuanto más se acercaba a mí, más aumentaban mis nervios, aunque ya esos deseos de huir habían desaparecido. No iba a dejarla por nada del mundo. En ese momento en que su padre me entregó su mano, supe por qué estaba ahí, la quería como nunca había querido a nadie.

— Queridos hermanos...

El sacerdote empezó con la ceremonia y me centré en eso, aunque era difícil teniendo a la mujer más importante de toda mi vida al lado. Ni siquiera me había fijado bien en el vestido, no entendía por qué para ellas era tan importante cuando a nosotros nos importaban otras cosas.

Y para mí lo importante era solo ella, ya fuera vestida con un saco.

La ceremonia fue un suplicio, creo que solo duró media hora, pero no sé para qué tanto, eso no tenía fin, ¿no era suficiente con cinco minutos? En plan: ¿la quieres como esposa para amarla, cuidarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, todos los días de tu vida? Sí, quiero. Y tú, ¿lo quieres como esposo, bla bla bla? Sí, quiero. Pues ea, yo os declaro marido y mujer, puedes besar a la novia.

No... Tenía que ser el momento más largo de la vida de cualquiera.

Cuando terminó y besé esos labios que tanto me gustaban, no me lo pude creer.

Salimos de allí con arroz hasta en las orejas, otra cosa que no entendía, ¿de dónde había salido esa tradición? Pero llegados a ese punto y casado con una española, tenía claro que no iba a comprender la mayoría de las cosas.

La celebración fue en un lugar espectacular, frente al mar, había gente por todos lados y yo no conocía a casi nadie. No sé de dónde conocía mi mujer, porque ya podía llamarla así, a tanta gente. Bueno, la verdad era que más de la mitad eran familia. Otra cosa que tampoco entendía, pero bueno...

La comida excelente, el ambiente cargado de risas, todos felices y mi mujer... Desaparecida. Pero ¿dónde demonios se habían metido?

- ¿Qué te pasa, hombre? Estás muy tenso —Enzo me dio una palmadita en la espalda y lo miré.
- No la veo...
- ¿A quién? —preguntó Brian, palmeando mi otro lado de la espalda.
- A mi mujer —me salió así, natural y hasta yo me asusté un poco.
- Tranquilo, te acostumbrarás a llamarla así —rio Brian.
- Dejarme en paz, ¿la habéis visto? —yo solo quería mantenerla controlada que esa era como una bomba a punto de explotar y me la liaba en cualquier lado.
- No... Pero las nuestras tampoco están, así que supongo que estarán las tres juntas —dijo Enzo como si nada y yo lo miré con cara de susto.
- Gracias —dije con ironía—, eso me alivia...



Brian rio a carcajadas.

- Vamos a por otra copa, la necesitas —sugirió Brian.
- No, necesito llevármela ya a la cama.
- Joder, tío, no seas impaciente que aún queda gente aquí —sí, lo sabía, la celebración se suponía que ya había terminado, pero aún había invitados que no se habían marchado.
- Pero no me fio de ella, menos aún me fio de esas tres juntas, nos van a hacer la vida imposible, veréis, aunque vosotros ya lo sabéis, claro. Pero están locas y locos nos van a dejar —dije nerviosamente.

Los dos reían a carcajadas, pero era verdad. No me fiaba de ella, me la liaba en cualquier lado y sí, era graciosa, pero había momentos en los que la gracia no llegaba hasta después, cuando la tenía a salvo a mi lado.

En ese momento recordé las que me había hecho pasar en Las Vegas... Normal que quisiera mantenerla cerca. El día de la...

- Hostia no —gruñí.
- ¿Qué pasa? —rio Enzo.
- Ya sé dónde están —y si tenía razón, iba a morir la noche de bodas.
- ¿Dónde? —rio Brian.

Ni opiné, fui a por un whisky, me lo tomé entero, con estos dos como si fueran mi sombra y salí al jardín, a la parte de atrás.

Y allí estaban las tres, metidas en la fuente que había. Completamente empapadas y riendo, bebiendo y bailando...

- Chicos, ¡venid aquí! —chilló Emma.
- ¿Pero qué hacen? —preguntó Enzo sin inmutarse en lo más mínimo, estaría acostumbrado a esas cosas de su mujer también, otra que estaba como un cencerro.
- Bañarse en una fuente —Brian se encogió de hombros.
- Como si fuera lo más normal... —suspiré yo.
- ¿Será cosa de los latinos? —preguntó Enzo, curioso.
- No, creo que solo lo son de las locas —y al final tuve que reírme, porque la estampa que formaban las tres no era para menos.
- Pues a sacarlas de ahí, van a coger una pulmonía —rio Brian.

Nos acercamos allí y ellas no dejaban de gritar.

- Amor, ¡entra! —chilló Liliana.
- No, no, ya te miro mejor desde aquí —Brian iba a morirse de la risa, como siempre.
- Mijo, no seas antipático, está fresquita —y para muestra, nos echó agua a los tres.

Iba a cagarme en la madre que las parió, que eso sabía hacerlo muy bien. Joder, qué fría estaba el agua.

No sé cómo lo hicieron, pero con toda la templanza del mundo, mis amigos sacaron de allí a sus mujeres sin importarles un poco las protestas de ellas.

- Nos vemos mañana —Enzo me guiñó el ojo y yo le sonreí, dándole

las gracias por dejarme ya a solas con ella. Esperé a que se marcharan y miré a mi esposa.

- Hola, mi amor —dijo ella dulcemente, lo cual en ese momento no le iba a servir de mucho.
- Cariño... Sal de ahí —le dije suave.
- Pero no quiero —ronroneó.
- Pues tendrás que hacerlo, es hora de irse a la cama.
- No... —se acercó a mí y se pegó a mi cuerpo, mojando mi ropa.
- ¿Pero no vas a entrar ni un poquito? —me besó el cuello.
- No —me negué inmediatamente.
- Es la tradición.
- Esa tradición te la acabas de inventar. No ha ganado mi equipo ningún campeonato, así que no hay tradición que valga —me reí, agarrándola por la cintura y porque todo era demasiado cómico.
- Está bien —suspiró—, si no quieres cumplir mi sueño... —puso un puchero.
- Serás... —resoplé y entré dentro de la fuente— A ver, ¿cuál es ese sueño ahora? —esta cambiaba más de sueños que de bragas.
- Que mi marido me bese —me dijo mirándome a los ojos con todo el amor que sentía por mí.

La observé, si es que ¿cómo no quererla? Aunque me sacara de mis casillas,

era la única persona que me hacía feliz.

La besé, dulce, suave, saboreando sus labios y su boca, bebiendo de ella, demostrándole cuánto me gustaba hacerlo y cuánto la quería.

— He estado muy nervioso hoy —reconocí cuando terminé el beso.

— Lo noté —ella acarició mi cara—. ¿Por qué?

— No lo sé, me daba miedo dar el paso, pero quería darlo. No sé si serían los nervios, porque cuando te vi entrando en la Iglesia, todo eso desapareció. Y quería desaparecer de ahí, pero contigo de la mano... Te amo, Alba. No sabes cómo has cambiado mi vida, y ten por seguro que, aunque no hubiera habido ceremonia, para mí ya eras mi mujer.

Ella me besó, emocionada. Supongo que le habría pasado lo mismo, los miedos y las inseguridades antes de casarse, le pasaría a cualquiera.

— Eso es más bonito que los votos que tuvimos que repetir —rio ella.

— La verdad es que sí —reí yo recordando que habíamos tenido que dar los votos que el sacerdote quería.

— No necesitamos palabras para demostrar lo que nos queremos, ¿no crees?

— No —afirmé—, pero sí hechos.

Salí de la fuente e hice que ella lo hiciera y, de la mano, me la llevé de allí. Quería llegar a la habitación y hacerle el amor como se merecía. Porque no había mejor manera de explicarle a ella todo lo que tenía dentro. A veces no me salían las palabras, mejoraba con el tiempo, pero había cosas que me eran

más fáciles expresarle de otras formas y sabía que ella lo entendía.

Y ese día tan intenso no necesitaba nada más de nosotros, ni una palabra más, solo amarnos como promesa de ser el primer día de toda una vida que nos quedaba por delante.

Juntos.

Siempre juntos.

Y la manera de hacerlo, era esa, seduciendo a mi esposa.

Y aquí termina la historia de estos tres tontos, quienes pensaban que el amor no estaba hecho para ellos, que podían jugar a la seducción sin quemarse, pero... Quien con fuego juega, se quema.

Dylan

